PEDRO MUÑOZ SECA

Las Hijas del Rey Lear

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1923

Al maestro Emiliano Ramírez Ángel con el afecto y las simpatías de
P. Muñoz Seca

LAS HIJAS DEL REY LEAR

LAS HIJAS DEL REY LEAR

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenada en el Teatro Victoria Eugenia, de San Sebastián, el 28 de Agosto de 1923.

TERCERA EDICION

MADRID
J. MORALES, IMPRESOR. VINAROZ, 8 (PROSPERIDAD)
1923

A Piedad y José,
Condes de Arcentales

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA TERESA	CATALINA BÁRCENA
ELVIRA	JOSEFINA SANTAULARIA
LUISA	MILAGROS LEAL
BIBIANA	ANA MARÍA QUIJADA
DOÑA LUZ	RAFAELA SATORRES
CESAR..........................	RICARDO DE LA VEGA
COSME..........................	MANUEL COLLADO
ALBERTO........................	RAMÓN MARTORI
PELAYO	LUIS MANRIQUE
TOBÍAS..........................	CARLOS M. BAENA

ACTO PRIMERO

Salón en casa de Don César Salgado. Riqueza y buen gusto, tanto en el mobiliario como en la decoración. La puerta de entrada estará en el primer término del lateral derecha (actor). A continuación, y en chaflán, habrá una artística chimenea. Un balcón o mirador en el foro, cerca de la chimenea, y dos puertas en el lateral izquierda. La acción en Madrid, en primavera. Epoca actual.

(Al levantarse el telón entra en escena BIBIANA, seguida de DOÑA LUZ y de DON COSME. Bibiana es criada de la casa y ha cumplido ya los sesenta años. Don Cosme y Doña Luz son dos cincuentones atildadísimos y compuestísimos, sobre todo ella, que desea aparentar menos años de los que tiene.)

BIB. Pasen, pasen ustedes; ahora diré al señor y a las señoritas que están ustedes aquí.

COS. Gracias, Bibiana, pero conste que no tenemos prisa; que por nosotros no vayan a interrumpir lo que estén haciendo...

BIB. ¡Por Dios...! ¡Lo que se va a alegrar...! ¡Después de tanto tiempo sin ver a usted...!

COS. Doce años, Bibiana; desde que nombraron a don César gobernador militar de San Sebastián.

BIB. Eso es, que aquel año ascendió usted a comandante.

COS. ¿Aquel año...?

BIB. Sí señor, que tenía usted relaciones con aquella muchacha rubia que vivía en la calle de Zubieta... *(Doña Luz se revuelve en su asiento, muy nerviosa.)*

COS. (*Inquieto, contrariado y tosiendo.*) Y el general está fuerte, ¿eh...? Pues nada, dígale que estamos aquí; mi esposa tiene grandes deseos de conocerle...

BIB. Por cierto que no he dado a ustedes mi enhorabuena por la boda.

D.ª LUZ. (*Secamente.*) Gracias.

COS. Muchas gracias, Bibiana.

BIB. Ya sé que vienen ustedes en viaje de luna...

D.ª LUZ. Sí...

BIB. Un poquillo tarde ha sido la cosa...

D.ª LUZ. Sí...

BIB. Ahora que puede usted estar segura de que don Cosme le será fiel hasta la muerte.

COS. (*A Luz.*) ¿Estás oyendo? Gracias, Bibiana.

BIB. Como que ha corrido su caballo de un modo que no creo que le queden ya ganas de cabriolas. ¿Verdad, don Cosme? (*Tose don Cosme nuevamente.*)

D.ª LUZ. (*Con las del veri.*) ¿De manera que...?

BIB. Para pocas bromas estará ya el coronel.

COS. Y están todos en casa, ¿no?

BIB. Sí, señor; el señor está con el señor administrador, y las señoritas están con la modista probándose los trajes de la boda; como el lunes se casan...

COS. ¡Ah! ¿Se casan por fin el día tres?

BIB. Sí, señor, a la una.

COS. ¿Pero las dos hermanas al mismo tiempo?

BIB. Sí, señor, las dos.

COS. De manera que a la una, las dos, el tres.

BIB. Así lo han decidido, porque tanto el diplomático como el cónsul tienen que marcharse a sus respectivos destinos...

COS. Sí, ya sé que uno de los novios es cónsul de primera y el otro secretario, también de primera.

BIB. Eso dicen ellos, que son de primera, pero para mí que exageran, porque valen bien poco.

D.ª LUZ. (*Con malísima intención.*) ¡Hay tanta engañifa en el sexo...!

COS. (*Cariñosamente a Luz.*) Vamos, mujer...

D.ª LUZ. (*Seca y desabridamente.*) ¡Déjame!

COS. (¡Atiza!) (*A Bibiana.*) De manera que usted cree que los muchachos son...

BIB. Mire usted, don Cosme, ya usted sabe que a mí no

me gusta hablar ni criticar, y que yo soy de las que ven, oyen y callan.

COS. ¡Quién lo duda!

BIB. Pero no creo que sea criticar el decir que las señoritas no han tenido suerte.

COS. ¡Por Dios!

BIB. Y eso lo digo yo desde la torre más alta; ¡no han tenido suerte! Porque el novio de la señorita Elvira, el diplomático, don Pelayo de las Torres y Delas...

D.ª LUZ. ¿De las qué...?

BIB. De las Torres y Delas.

D.ª LUZ. Pero ¿de las qué?

BIB. Delás nada más.

COS. Sí, es un apellido que da un poco el pego, ¿verdad...? (*Doña Luz le vuelve un poco la espalda y don Cosme tuerce el gesto.*)

BIB. Pues ese don Pelayo es muy poquita cosa. Pero, hijo mío, qué humos. ¡Qué humos! Como un sevillano salga cursi, pone el mingo. El otro, el cónsul, don Tobías González y González, como buen extremeño, es algo más campechano, pero tampoco ha inventado la pólvora, ni siquiera el azufre. Porque de aquí... (*Por la frente.*) cero; de aquí... (*Señal de dinero.*) menos que cero.

D.ª LUZ. Bajo cero.

COS. (*Riéndole exageradamente la gracia.*) ¡Ja, ja, ja...! ¡Bajo cero...! ¡Muy ocurrente, muy ocurrente...!

D.ª LUZ. (*Muy seria.*) No me rías la gracia, porque no me templas con risas.

COS. Mujer, por Dios, si es que... ¡Qué tontería! ¡Es una niña! (*A Bibiana.*) De modo que las muchachas no han tenido suerte.

BIB. Ninguna. Y lo peor es que los dos están así... (*Indica que están de punta.*) Y como ellos están... así, pues ellas están así también. (*Nuevo gesto como antes.*) Y todo por simplezas. Porque el diplomático dice que los cónsules no tienen importancia, y el cónsul dice que la diplomacia no sirve para nada.

COS. ¡Jesús...!

BIB. Y yo, mire usted, don Cosme; yo no quiero pensarmal, porque a mí no me gusta pensar mal de nadie, ni criticar de nadie, pero, vamos, estoy segu-

ra de que tanto el uno como el otro vienen por las lindas perras del general.

COS. ¿Eh? ¡Por Dios, Bibiana...!

BIB. Así tuviera yo tan segura la gloria.

COS. Vamos, vamos, no hay que exagerar; las muchachas tienen el atractivo suficiente...

BIB. Usted no es voto en la materia, porque como a usted le han gustado siempre todas las mujeres... (*Tose Cosme. A doña Luz, que se revuelve en su asiento, nerviosa y contrariadísima.*) Veía una falda colgada de una percha y ya le estaba pidiendo relaciones.

COS. (*Fastidiadísimo.*) ¡Caramba, Bibiana...!

BIB. Las muchachas son monas, y no pase usted de ahí. Niñas del día; que si el «kodak», que si el «chimin». que si el «foxtro», y venga hablar del «jaz-band» y del «ku-klu-kan» y del «comil-fot» y de los chalecos de punto. (*Asqueada.*) ¡Puag! Lo que es yo, cuando se marchen, no lo voy a sentir ni poco ni mucho.

COS. ¡Pobre general! ¡Quedarse solo de pronto...! Porque él no tiene más familia que las dos chicas y la hermana religiosa...

BIB. ¡Me tiene a mí, y le sobra!

COS. Sí, claro, Bibiana, quién lo duda; pero, vamos, ya usted me entiende... Sor Petronila sigue en Pinto, ¿no?

BIB. ¡Y buena nos la ha querido jugar!

COS. ¿Eh?

BIB. Ahora, que le ha salido muy mal la combinación. Figúrese usted que se le ocurrió a la buena señora escribirle a su hermano diciéndole que para que no se quedara solo, al casarse sus hijas, le iba a mandar una huérfana de las que se educan en el asilo que ella dirige.

COS. ¡Jesús!

BIB. ¿Qué le parece a usted?

COS. ¡Qué disparate!

BIB. Menos mal que don César, que está en sus cabales, le ha escrito hoy mismo diciéndole que de ninguna manera. ¡Vamos ahora a cargar con una huerfanita...! Y como son ustedes los hombres, porque ustedes los hombres, y de eso sabe usted un rato largo... porque usted...

COS. (*Atajándola, dispuesto a todo.*) Bueno, va usted a decirles que estamos aquí, ¿sí o no?

BIB. Ahora mismo. ¡Ay...! Con usted me ha pasado siempre igual: me tira usted de la lengua, y aunque a mí no me gusta hablar... (*Iniciando el mutis por la primera puerta de la izquierda.*) ¡Lo que van a alegrarse! Precisamente decía ayer don César: «Mire usted que casarse ese loco de Foronda...? El diablo, harto de «jaropa», pidió la sopa. ¡Vaya, vaya!

COS. (*Desesperado.*) Eso digo yo, vaya vaya...

BIB. Voy, voy... (*Mutis por la primera puerta de la izquierda.*)

D.ª LUZ. (*Airada y al mismo tiempo estupefacta.*) ¡¡Cosme!!

COS. (*Aterrado y resignado.*) ¡Luz...!

D.ª LUZ. ¡Y me juraste que había sido yo tu primer amor...!

COS. El primero... de la segunda serie.

D.ª LUZ. ¿Pero es que vas a unir la burla al engaño? Porque, a juzgar por lo que ha indicado esa mujer, no ha habido series, sino sección continua.

COS. Vamos, vamos, Luz; no tomes esas tonterías a mala parte. ¡A nuestra edad...! Además, que agua pasada no mueve molino.

D.ª LUZ. Pero así está el molino, que es una ruina.

COS. ¡No ofendas, Luz!

D.ª LUZ. Lo que yo creía un cansancio interesante, fruto del estudio y de las campañas, resulta que obedece a los esparcimientos y a los devaneos... y a los abusos.

COS. ¡Eso no! Yo te juro que me he divertido, pero honestamente, sin detrimento de mi cuerpo ni de mi espíritu, y, sobre todo, sin que jamás se interesara mi corazón. Este corazón que...

D.ª LUZ. (*Al ver entrar en escena por la derecha a PELAYO.*) ¡Silencio!

PEL. (*Calándose el monóculo.*) ¿Eh...? Buenas... (*Es un muchacho algo talludo y que, a fuerza de querer ser elegante, resulta un rematado cursi. Al hablar recalca muchísimo la letra D, especialmente cuando va delante de vocal, en la última sílaba de cualquier palabra grave o esdrújula.*)

COS. Buenas tardes.

PEL. ¿Saben en la casa que están ustedes aquí?

COS. Sí, ya han ido a avisar. Muchas gracias...

PEL. All right. (*Pausa.*)

COS. ¿Es usted alguno de los novios...?

PEL. Oui.

COS. El de Luisita tal vez.

PEL. (*Ofendidísimo.*) ¿Tengo yo aspecto de cónsul?

COS. Perdóneme...

PEL. Soy el «prometiddo» de Elvira.

COS. ¡Ah! El diplomático...

PEL. El diplomático.

COS. Por muchos años.

PEL. All right.

COS. Yo soy íntimo de la familia. Cosme Foronda...

PEL. ¡Como! ¿El juerguista...? ¡Oh...! (*Tose Cosme. Doña Luz se estremece y se revuelve en su asiento.*) Tantísimo gusto...(*Pega un taconazo a lo austriaco y le alarga la mano.*)

COS. Muchas gracias.

PEL. He oido hablar mucho de usted. El general se acuerda constantemente de su amigo Parranda.

COS. Foronda.

PEL. El dice siempre Parranda.

COS. (*Inquieto.*) Mi esposa...

PEL. (*Dando otro taconazo y haciendo otra reverencia como para esquirlarse la espina.*) Señora... Ya sé que se han «casaddo» ustedes hace unos días. Les felicito.

D.ª LUZ. Muchas gracias.

TOB. (*Entrando en escena por la derecha.*) Buenas tardes. (*Es joven y viste bien, pero sin refinamientos.*)

COS. / D.ª LUZ. } Buenas tardes. (*Pelayo se hace el distraído.*)

COS. (*Aparte a Pelayo.*) ¿Es el cónsul, no?

PEL. Sí, señor. Y viene bueno. Camisa más obscura que el traje; corbata más clara que la camisa; cadena pectoral en vez de estomacal... (*Señala los bolsillos de arriba y los de abajo del chaleco.*) los puros en el bolsillo del moquero... No le hace falta más que una estilográfica al lado de los puros. Es de una cursilería que daña y redaña. Perdónenme que no les presente, pero no me trato con él. Es un grosero. Ayer me ha «insultaddo» aquí mismo. No le contesté por respeto a la casa, pero voy a contestarle ahora porque he «ideaddo» un procedimiento para devolverle

las ofensas sin faltar a dicho respeto. Ya verán ustedes... *(Se separa de ellos, se acerca a una mesa donde habrá un aparato telefónico y dice cogiendo el auricular.)* «Permesso».

COS. No faltaría más. *(A Luz.)* A ver si estos dos se enredan aquí...

PEL. *(Al teléfono, y en tonos distintos, como si estuviera en París.)* ¿Allow...? ¡Allow...! *(Pronunciará Aló.)* Allow...

TOB. (Me pone enfermo este idiota.)

PEL. *(Al teléfono.)* ¿Central...? Tres, tres, jota... All right... «Bian». «Bian». ¡All right...!

TOB. (Maldita sea su corazón. Y estos dos cursis deben ser de su familia.) *(Mira a Cosme y a Luz de arriba abajo despectivamente.)*

PEL. *(Al teléfono.)* ¿Eres tú, «Boadda»? Aquí es de las Torres... Sí... Sí... ¿Lo de ayer... «¡¡Nadda. .!!» No ofende el que quiere, sino el que «puedde...»

TOB. *(Comprendiendo.)* (Ah, vamos, el teléfono es un martingala para devolverme lo de ayer...)

PEL. *(Al teléfono.)* Sí, hombre, «enviddia» y nada más que «enviddia». ¿Cómo va a compararse él, un funcionario vulgar y ramplón...? Un cónsul no es «nadda». Su no admisión en un «estaddo» no significa «nadda». Su «retiradda» no implica ruptura de relaciones ni de «nadda», porque no son «nadda», ni suponen «nadda», ni importan «nadda»... *(Ríe.)*

TOB. *(Cargado.)* (El se vale del teléfono, y yo me voy a valer de su propia familia.) *(Se acerca a don Cosme y le dice resueltamente, imitando a Pelayo.)* A esa «monadda», que está diciendo por teléfono esa «tontadda», le voy a dar una «trompadda», que ya verán ustedes una nariz «hinchadda»... *(Buscando camorra. (A Cosme.)* ¿Decía usted que no?

COS. *(Perplejo.)* ¿Yo? Yo no, hombre; si yo no...

TOB. *(A don Cosme, por Pelayo.)* ¿Pero ustedes no son parientes?

COS. No, señor. Yo soy un amigo del general. El Coronel Foronda, para servirle.

TOB. ¿Eh? ¿Usted...? ¿El de las conquistas y las borracheras...? *(Doña Luz se revuelve como antes.)* ¡Ya lo

creo...! El coronel «Fandango», como le llaman a usted las chicas...

COS. (*No sabiendo qué decir.*) Mi señora... (*Presentando.*)

TOB. Señora... Perdónenme que les haya supuesto parientes de ese títere

PEL. (*Dejando el teléfono violentamente.*) ¿Eh...? Hasta aquí llegó y de aquí no puede pasar.

COS. ¡Atiza...!

PEL. (*Estirándose la ropa, y como insultándole.*) Oiga... González y González.

TOB. (*Desafiándole.*) ¿Qué pasa?

PEL. Pues que... (*Viendo que entran en escena, por la izquierda, último término, ELVIRA y LUISITA.*) «Nadda». Ya hablaremos.

TOB. (*Imitándole.*) All right.

ELVI. ¡Don Cosme...!

LUI. ¡Amigo Foronda...!

COS. ¡Elvirita...! ¿Qué tal, Luisita...? (*Saludos.*) Mi mujer... (*Nuevos saludos.*) Ya ves que no te exageré al decirte que eran dos preciosidades.

ELVI. ¿Ya empezamos con los piropos...?

LUI. ¡Genio y figura ..! No puede ver a una mujer sin piropearla. Le llamaban la fiesta de la flor...

D.ª LUZ. (*Con las del veri.*) Sí, ¿eh?

COS. (*Inquieto.*) Pues aquí estábamos con los futuros...

ELVI. ¡Ah...! (*A Pelayo.*) Hola, tú. No te había dicho nada...

LUI. (*A Tobías.*) Adiós, hombre.

ELVI. (*A Cosme.*) ¿Conocen ustedes ya a Pelayo y... a ese?

COS. Aquí nos hemos presentado como hemos podido. Son muy simpáticos y muy cordiales.

LUI. Pues ahora saldrá papá; está de cuentas con el administrador no sé desde qué hora.

COS. Claro, con ocasión de vuestra boda tendrá que ultimar mil detalles... Ya sé que en estos últimos años ha aumentado considerablemente su fortuna... (*Tobías y Pelayo prestan una gran atención.*) Siempre ha tenido suerte y vista.

ELVI. Nosotras no sabemos nada de esas cosas. Jamás nos habla de esos asuntos...

COS. Y lo solo que va a quedarse el pobre.

ELVI. Sí...

COS. Sé por Bibiana que la tía Petronila quería colocarle una huerfanita... para postre.

LUI. ¿Será tonta?

ELVI. ¡Qué burrada!

LUI. Esta misma mañana le ha escrito papá diciéndole que nones.

COS. Claro.

ELVI. Y con la clase de huérfanas que hay por ahí. ¿Se acuerda usted de aquella huerfanita que usted protegía...? (*Doña Luz está más nerviosa cada vez.*)

COS. (*Sin saber qué decir.*) ¿De manera que el general...?

LUI. *Mirando hacia la izquierda.*) Aquí lo tiene usted. (*Por la primera puerta de la izquierda entra en escena DON CESAR. Ha cumplido los sesenta años y es un verdadero señor.*)

CESAR. ¡Querido Cosme...!

COS. ¡César...! (*Se abrazan.*) ¡Pero qué bien estás...!

CESAR. Como que me cuido muchísimo. No todos somos de hierro como tú, que apesar de haber sido un golfo toda tu vida, aún conservas algo de fachada...

COS. Estoy mucho más delgado, casi tan delgado como tú.

CESAR. Sí, ahora, además de calavera, eres algo esqueleto.

COS. (*Inquieto.*) Aquí tienes a mi mujer.

CÉSAR. (*Saludándola.*) Muy señora mía... Felicito a ustedes... es decir, a tí solamente; a ella no, porque cargar contigo...

COS. ¡Hombre, César...! (*Elvira se acerca a Pelayo y Luisa a Tobías.*)

CÉSAR. (*A doña Luz.*) Y ya puede usted decir que ha logrado algo insólito, porque pescar a este trucha no era fácil, no. Tres veces le he visto a punto de casarse y... que si quieres.

D.ª LUZ. (*Livida.*) ¡Tres veces!

COS. (*Aterrado.*) No le hagas caso.

CÉSAR. ¿Qué...? Y las tres veces he ido de uniforme y grandes cruces a pedirte la novia... Tres manos he pedido para él, señora, y siempre me ha dejado con las manos en la cabeza. (*Doña Luz cierra los ojos y deja caer un poco la cabeza.*)

COS. (*Gritando.*) ¡Luz...! ¡Luz...! (*Todos se asustan.*)

CÉSAR. ¿Qué es eso?

ELVI. (*Acercándose.*) ¿Qué sucede?

COS. ¡Luz...! ¡Aire...!

TOB. Espere... *(Descorre las cortinas del balcón.)*

D.ª LUZ. *(Abriendo los ojos.)* Nada... un mareo... No es nada.

LUI. *(Maliciosa.)* ¡Vamos...!

CÉSAR. *(Idem.)* ¿Esas tenemos?

PEL. *(Idem.)* ¿Tan pronto?

ELVI. *(Idem.)* ¡Que sea enhorabuena!

COS. *(Muy cargado, y dignísimo.)* Señores, un poco de más respeto. ¡No hace más que seis días que me he casado!

CÉSAR. Chico, perdona...

COS. Lo que sucede es que... Ella... Claro... Como uno... Sin duda creía que yo... Y como ustedes...

ELVI. ¿Quiere usted una taza de te?

LUI. Una copa de vino...

D.ª LUZ. *(Levantándose resueltamente y con una risita que hace temblar a don Cosme.)* No, si ya me pasó del todo... Ya soy otra.

COS. (¡Aprieta!)

D.ª LUZ. El fresco de la calle me... me... *(A Elvira y Luisita.)* No se molesten ustedes... Tienen ustedes obligaciones... *(Por los novios.)* Adiós, buenas tardes; tantísimo gusto... Ya nos veremos...

ELVI. Adiós, señora...

LUI. Buenas tardes, señora.

TOB. Buenas tardes.

PEL. Adiós.

CÉSAR. *(Iniciando el mutis con Luz y Cosme por la derecha.)* Válgame Dios, señora, cuánto siento... Luego iré a ver cómo sigue.

D.ª LUZ. ¡Por Dios...!

CÉSAR. *(A Cosme.)* ¿Dónde vives?

COS. Pues verás... me he mudado.

CÉSAR. ¿Cómo?

COS. Que... me he mudado, ¿sabes? Porque, aunque me han destinado aquí, como esta noche nos vamos a Valencia... *(Se van.)*

ELVI. *(Haciendo rancho aparte con Pelayo.)* Bueno, dime, pelmazo, ¿has estado en el ministerio?

PEL. De allí vengo, y tengo que optar mañana mismo entre París o Constantinopla.

ELVI. París, no le des vueltas.

PEL. Sí, claro que París es lo más «agraddable», Elvirita; pero allí la «vidda» es carísima, y sin saber aún con lo que contamos...

ELVI. Lo sabremos hoy mismo. Ayer Luisa y yo, en vista de que papá no soltaba prenda, hablamos con el administrador y le encargamos que en nuestro nombre afrontase con papá la cuestión de intereses.

PEL. ¡Ah! Muy bien.

ELVI. Aunque casi toda la fortuna es de papá, mamá, que en gloria esté, tenía algo, y eso por lo menos...

PEL. Sí, a eso tenéis perfecto derecho y debéis reclamar... Bueno, ya comprenderás, Elvirita, que a mí...

ELVI. ¡Por Dios!

PEL. Ya me conoces y sabes cómo soy... Pero se trata de ti y del cargo... y hay que ponerse en la realidad...

ELVI. Naturalmente.

PEL. Uno no es ningún cónsul...

ELVI. Claro.

PEL. Pues con arreglo a lo que te dé optaremos por el Sena o por el Bósforo. (*Siguen hablando.*)

TOB. (*Que charla con Luisa en el otro extremo de la escena.*) Es un títere. Yo divido a los hombres en congruos o capaces y en congrios o incapaces, y éste es de los congrios. Además, te advierto que se casa con tu hermana por el interés.

LUI. Eso salta a la vista; pero como ella es tonta...

TOB ¡Qué poquito les va a durar lo que tu padre les dé... Menos mal que no va a ser mucho, porque yo creo que tu padre no se va a correr demasiado. ¿Qué opinas tú...?

LUI. Luego nos dirá Alberto...

TOB. Más bien que una cantidad alzada, que sería lo conveniente, os fijará alguna pensión... En fin, eso allá tú, porque yo en eso ni entro ni salgo. (*Siguen hablando.*)

BIB. (*Entrando en escena por la segunda puerta de la izquierda y dirigiéndose al lateral derecha, para hacer mutis por la puerta de este lateral.*) (Menos mal que están las dos parejas, porque como ahora a los novios «bien», se les deja solos... Se conoce que es otra clase de hombres, porque lo que es en mis tiempos... Y no es que entonces hubiera menos vergüen-

za, porque menos vergüenza que ahora... Lo que había era más sangre en las venas y menos «jazband» catapum, chin, chin, pon... (*Se va.*)

ELVI. (*Mirando hacia la izquierda.*) Mira, aquí viene el administrador. Vamos a preguntarle...

ALB. (*Un muchacho simpático, bien vestido, por la primera puerta de la izquierda. Trae unos papeles en la mano.*) ¿No está aquí don César...?

ELVI. Ha ido a despedir a unos señores; ahora vendrá.

ALB. Me tiene que firmar esta carta...

LUI. Oiga usted, Alberto. ¿Habló usted con papá...?

ALB. Sí...

ELVI. (*Interesadísima, como los demás.*) ¿Y qué...?

ALB. (*Dudoso.*) No sé si debo...

ELVI. Por Dios Alberto, habiéndole comisionado nosotras...

TOB. ¡Claro!

PEL. Es un escrúpulo inusitado.

LUI. Diga, diga.

ALB Sólo puedo decir que don César tenía ya resuelto, desde hace muchos días, todo lo relativo al porvenir de ustedes, y que se dolió mucho de la desconfianza que suponía en ustedes el haberme encargado...

ELVI. ¿Desconfianza?

LUI. Papá no puede decir eso.

CÉSAR. (*Que ha entrado en escena por la derecha.*) Pues lo digo, hija mía, lo digo. (*Sorpresa en todos.*)

PEL. (¡Zambomba!)

ELVI. (*Echándolo a broma.*) ¿Nos escuchabas?

CÉSAR. Por pura casualidad Pero celebro haber llegado tan a punto, porque precisamente deseo ajustar una cuentecita con ustedes. (*A Tobías y Pelayo.*) No; no se marchen...

LUI. ¡Jesús...!

CÉSAR. (*A Alberto.*) ¿Está ya esa nota?

ALB. Sí, señor. Si quiere usted firmarla la llevaré en un salto.

CÉSAR. A ver, una pluma.

TOB. Tome usted. (*Le da su pluma estilográfica.*)

CÉSAR. Muchas gracias. (*Firma y le devuelve la pluma.*) Gracias.

PEL. (*Viendo que Tobías se coloca la estilográfica en el bolsillo de la americana, al lado de los puros.*) ¡Ya! ¡Ya está...!

ELVI. ¿Qué?

PEL. La pluma al lado de los puros. Ya puede echar el completo.

ALB. *(A don César.)* Volveré enseguida, para ultimar lo de los derechos reales...

CÉSAR. Sí.

ALB. Hasta ahora. (*Se va por la derecha.*)

CÉSAR. De modo, hijitas, que me tenéis por un avaro, por un mal padre...

ELVI. (*Riendo.*) ¡Qué cosas dices, papaíto!

LUI. ¡Por Dios...!

CÉSAR. Pues el recado que me enviásteis con Alberto bien a las claras demuestra...

ELVI. No demuestra nada, papá. Es que como nada nos decías...

CÉSAR. Claro, y ese silencio os daba derecho a pensar mal de quien os ha consagrado la vida entera, de quien no ha tenido jamás otra preocupación que vosotras. Está visto que no pagáis bien mi cariño; que no habéis sido nunca las hijas que yo merecía.

LUI. (*Riendo.*) Cualquiera que te oyese, papá...

CÉSAR. Siempre fuísteis ingratas, egoistas...

LUI. (*A Elvira.*) Chica, cómo nos pone.

ELVI. (*Riendo a Pelayo.*) No te desilusiones, por Dios. Son pláticas de familia, como dice el Tenorio.

LUI. No, mujer; no se trata ahora de Zorrilla, sino de Shakspeare. Estamos representando una escena del Rey Lear.

PEL. Lir, Luisita, Lir.

TOB. Sí, Lir; se pronuncia Lir.

LUI. Porque, según papá, nosotras somos unas hijas tan malas como aquéllas... (*Risas.*)

TOB. Ya será algo menos, ¿no?

ELVI. Lástima que el tiempo esté tan hermoso, porque si no, podíamos echarle de casa esta noche para que no tuviera donde guarecerse contra la tempestad, como en el drama. (*Risas.*)

CÉSAR. Sí, sí, reíos; pero el frío y la lluvia hacen a veces menos daño que la ingratitud y la indiferencia.

LUI. Bueno, me figuro que eso de la ingratitud lo dirás en broma.

ELVI. No es posible que hables en serio.

CÉSAR. Entre bromas y veras. Yo no podría afirmar con razón que hayáis sido malas hijas, pero... muy buenas tampoco.

ELVI. Papá, por Dios, piensa lo que estás diciendo.

CÉSAR. Es verdad, perdonadme. Por fortuna para vosotras, dentro de seis días os veréis libres de las impertinencias de un padre gruñón.

LUI. Impertinencias, no; injusticias, sí.

ELVI. ¡Creer que nosotras no te queremos...! Vamos, padre, no involucres las cosas. El que te hayamos mandado ese recado con Alberto no quiere decir ni un instante...

CÉSAR. Es posible que no os falte la razón, y puesto que tenéis impaciencia porque ajustemos cuentas, ajustémoslas.

PEL. Conste, don César, que por mí...

TOB. Y por mí... Yo no entro ni salgo en estas cosas.

CÉSAR. Nada, nada, ajustemos cuentas, pero empecemos por las primeras: liquidemos los negocios del corazón antes de hacer números.

LUI. ¿Qué quieres decir?

CÉSAR. Que ha llegado la hora de que hagamos balance y arqueo. Al separar nuestras vidas, que han estado unidas siempre hasta aquí, ¿no os lleváis ningún remordimiento?

ELVI. ¿Remordimiento?

LUI. ¿De qué, papá?

CÉSAR. De no haber sido para mí lo que yo he sido para vosotras. No me quejo de que os caséis. Al contrario. Nunca pensé en que os quedáseis solteras para que cuidáseis de mí; pero mientras habéis vivido a mi lado, ¿me habéis demostrado el cariño a que yo tenía derecho? ¿Habéis correspondido a mi ternura? Ahora mismo, al abandonarme, como es natural, para seguir a vuestros esposos, ¿sentís el más ligero pesar por dejar solo a vuestro padre?

LUI. ¿No hemos de sentirlo?

ELVI. ¿Por qué has de pensar eso?

CÉSAR. Porque me da pena ver que no sabéis fingir siquiera un poco de dolor al dejarme en la soledad que me dejáis.

ELVI. Tú mismo acabas de reconocer que lo natural es que nos casemos.

LUI. Si tanto le temías a la soledad, podías haberte casado tú también.

PEL. (*Aparte a Elvira.*) (Qué brutísima es.)

CÉSAR. (*A Luisa.*) ¿Y tú me dices eso? ¿Tú?

LUI. ¿Por qué no?

CÉSAR. Porque me echas en cara el mayor sacrificio que me debéis; el sacrificio de mi felicidad. Yo antepuse siempre a todo el empeño de no daros otra madre que aquélla a quien debisteis la vida.

LUI. No sería porque nosotras te lo exigiéramos. Eramos demasiado niñas cuando la perdimos para entender de eso.

CÉSAR. Por lo mismo que érais muy niñas y nada me exigiais, juzgaba yo más estrecho mi deber paternal. ¡Ah! Si vosotras supiérais... Si vosotras supiérais...

ELVI. No te pedimos la confidencia.

CÉSAR. Pero yo voy a hacérosla sin que me la pidáis. Puesto que aquí acaba vuestra vida de solteras, hagamos una liquidación general. Debéis saber toda mi historia. Así comprenderéis lo que os ha querido vuestro padre.

TOB. (Nos coloca la biografía.)

PEL. (Tanta historia con la historia, y de lo otro...) (*Señal de dinero.*)

ELVI Mira, papaíto, no te canses; nunca hemos puesto en duda que has sido un padre modelo. Sabemos que desde que murió mamá te consagrastes a cuidarnos.

CÉSAR. Poniendo en vosotras todo mi cariño y renunciando por el vuestro a todos los demás. Y cuando se es joven cuesta mucho trabajo renunciar a esa ventura, sobre todo cuando nunca se la disfrutó; porque vuestra madre, que fué una esposa ejemplar, durante el breve tiempo de nuestro matrimonio, no fué nunca más que eso para mí, una compañera, una amiga. Nos casamos por conveniencias de familia, en las que no entró para nada el amor, aunque luego lo supliesen la estimación y el respeto. Cuando Dios quiso romper ese lazo, aún estaba a tiempo de reconstruir mi vida sobre la base de una verdadera pasión, que no tardó en llamar a mi puerta...

LUI. (*Curiosa.*) ¿Eh?

ELVI. (*Idem.*) ¿Estuvistes enamorado?

CÉSAR. Hasta donde puede estarlo un hombre.

TOB. Comienzo a interesarme.

PEL. Yo estoy interesado desde un principio.

TOB. Lo creo.

LUI. ¿Y por qué no te casastes?

CÉSAR. Ya os lo he dicho: por vosotras; porque no pudiéseis reprocharme nunca...

ELVI. Tratándose de una mujer digna de tí, ¿qué hubiéramos podido reprocharte...?

CÉSAR. Eso precisamente; el que no la hubiérais creido digna de ser vuestra madre, aun siendo la más noble, la mejor de las criaturas... Aquella mujer había tenido...

ELVI. (*Con malicia.*) ¡Ah...!

LUI. (*Idem.*) ¡Vamos...!

CÉSAR. No penséis mal de ella, porque era una santa. No se trataba de una falta más o menos disculpable, sino de una traición, del engaño de un malnacido...

ELVI. ¿Y tú te hubieras prestado a redimir...?

CÉSAR. No lo sé, ni ella me dió tiempo a pensarlo; porque al descubrir mi cariño—mejor dicho, al darse cuenta del suyo—huyó de esta casa.

LUI. ¿Vivía contigo?

CÉSAR. Sí. Vosotras no podéis recordarla; teníais muy pocos años. Fué la primera aya que tuvísteis.

ELVI. ¡Ah...! Esta; la del retrato... (*Toma una fotografía que habrá sobre la chimenea.*)

CÉSAR. ¿Cómo sabes...?

ELVI. Algo nos ha indicado Bibiana... Además, como tú no has querido decirnos nunca quién era esa mujer misteriosa y te hemos sorprendido tantas veces, como arrobado, ante la fotografía... No hay que ser muy lista para...

PEL. ¿A ver, a ver...? (*Viendo la fotografía.*) Una «monadda».

TOB. (*Idem.*) Buen gusto ha tenido siempre el general.

PEL. (*A media voz a Tobías.*) Eso es una pelotilla indecente.

TOB. (*Idem a Pelayo.*) ¡Vaya usted a... paseo! (*Se miran despectivamente y se separan.*)

LUI. (*Poniendo el retrato nuevamente sobre la chimenea.*) De manera que fué aya nuestra.

CÉSAR. Sí. Al separarse de su familia—una familia respetable—por consecuencia de su desventura, buscó ese medio de atender al sustento de su hija. Aquí entró y aquí estuvo hasta que se planteó entre nosotros aquel dilema insoluble: o ceder al amor que nos arrastraba, envileciéndolo, o legitimarlo ante Dios... Entonces fué ella quien resolvió el conflicto, que yo no hubiera tenido valor para resolver, diciéndome: «Tus hijas no tendrán nunca que avergonzarse de mí...» ¡Si yo hubiera sospechado que aquella frase era su despedida...! ¡Que al día siguiente ya no iba a encontrarla a mi lado...! ¡Que no había de volver a verla, porque la muerte acechaba para arrebatármela!

PEL. ¿Pero murió?

CÉSAR. (*Tristemente.*) Sí.

PEL. Entonces... asunto liquidado... ¿verdad?

CÉSAR. (*Sin saber si matarle o dejarle, y optando por esto último.*) Tiene usted razón. No hablemos más de ello, sobre todo con quien no es capaz de entender de estas cosas. Queda esa cuenta liquidada. Pasemos a la otra, a la de los números, que es la que os interesa verdaderamente.

ELVI. No debe extrañarte que queramos conocer...

LUI. La que va a casarse debe saber con lo que cuenta...

CÉSAR. Lo sabréis ahora mismo, puesto que no habéis tenido paciencia para esperar al día de la boda, como era mi deseo. Debería rebajaros la cuota por haber pensado mal de mí.

ELVI. Vamos, déjate de bromas. Casualmente Pelayo tiene que optar mañana mismo entre París o Constantinopla, e iremos a un sitio u otro, según lo que nos des.

CÉSAR. Iréis a París.

ELVI. (*Muy contenta.*) ¿Es posible? ¡Ay qué bien!

LUI. Según eso, papaíto, nos das...

CÉSAR. Como daros... nada.

TODOS. (*De una pieza.*) ¿Eh?

CÉSAR. Os anticipo solamente lo que andando el tiempo habíais de poseer. Quiero actuar de Rey Lear, como decíais hace poco, y dar en vida a mis hijas lo que poseo.

PEL. (¡Viva Shakspeare!)

CÉSAR. Así evito también que estos caballeritos tengan que tomarse el trabajo de desear mi muerte.

PEL. ¡General...!

TOB. ¡Por Dios, don César...!

CÉSAR. He dividido mi fortuna en tres partes iguales, para quedarme sólo con una de ellas y daros a vosotras las otras dos... Y como mi patrimonio se evalúa en res millones de pesetas, claro es que os toca a cada una un millón... (*Pelayo y Tobías se sujetan para no caerse.*)

ELVI. (*Asombrada.*) ¿Cómo?

LUI. (*Idem.*) ¿Un millón?

TOB. (*Tartamudeando de emoción.*) ¿Pero... la renta...?

CESAR. No, la entrega completa, el capital.

ELVI. ¡Dios mío...!

PEL. Aún quedan hombres en España...

LUI. ¡Qué bueno eres, papaíto!

CESAR. ¿Ahora soy bueno?

LUI. ¡Un beso...!

ELVI. Y yo otro. (*Le besan.*)

CESAR. A millón por beso. No están mal pagados. (*Hablan aparte César, Elvira y Luisa.*)

PEL. (*Acercándose a Tobías.*) Amigo Tobías, yo creo que en un día como el de hoy debemos olvidar nuestras diferencias.

TOB. Encantado, amigo Pelayo.

PEL. Esta es mi mano.

TOB. Y esta es la mía.

PEL. All right.

TOB. Si yo con usted nunca he tenido...

PEL. Ni yo con usted. Y si se quitara usted de ahí la estilográfica y se bajara la cadena de bolsillo...

TOB. Ahora mismo.

PEL. Se lo agradeceré mientras viva.

TOB. (*Mientras se cambia de bolsillo el reloj, etc., etc. Por César.*) Eso es un general, amigo mío.

PEL. Un oncle avec toute la barbe.

BIB. (*Por la derecha. Viene muy sulfurada.*) ¡Señor...! ¡Señor..!

CÉSAR. ¿Qué pasa, Bibiana?

BIB. ¡Pues que ya descargó el nublado!

CÉSAR. ¿Cómo?

BIB. ¡Que ya nos ha caido el cenizo!

CÉSAR. ¿Quieres explicarte de una vez?

BIB. Que ya tenemos aquí a la huéspeda.

CÉSAR. ¿Qué huéspeda?

BIB. A esa joven que envía su hermana de usted, Sor Petronila.

ELVI. ¿Cómo?

LUI. ¿Ha venido?

BIB. En la cocina está.

CÉSAR. Eso es que mi hermana no ha recibido la carta.

BIB. O que no ha hecho caso de ella. Cuando una monja se empeña en salirse con la suya... y no es criticar...

CÉSAR. ¿Y qué hacemos ahora?

ELVI. Pues decirla que se vuelva por donde ha venido.

CÉSAR. ¿Y quién le dice eso?

ELVI. Tú mismo. No creo que sea una cosa tan difícil...

CÉSAR. Mujer, es tan desagradable...

BIB. Yo la despediré.

CÉSAR. No. Tú eres demasiado brusca... Espera, me parece que llega Alberto... *(Acercándose a la puerta de la derecha.)* Sí... *(Llamando.)* Alberto...

ALB. *(Entrando.)* Mañana a las doce pueden liquidarse los derechos reales.

CÉSAR. Muy bien. Pues ahora, como usted es mi ungüento amarillo y todo lo hace a la perfección, va a hacerme un favor señaladísimo.

ALB. Por Dios, don César, sin necesidad de preámbulos mande usted lo que sea.

CÉSAR. Mire usted, acaba de llegar la muchacha que me envía mi hermana para que me cuide...

ALB. ¿Es posible?

CÉSAR. Es preciso que la reciba usted y que la diga que se vuelva a Pinto, como sea. Procure usted dejarme en buen lugar, y dígale... lo que es cierto: que la culpa la tiene el irreflexivo empeño de mi hermana... Que yo la escribí para evitar a todos las molestias de este viaje.

ALB. Procuraré salir lo mejor quc pueda del compromiso.

BIB. El asunto es que se largue pronto, porque yo...

CÉSAR. Tú te callas y haz que pase esa joven.

BIB. Sí, señor. *(Haciendo mutis por la derecha.)* (O ella o yo; pues no faltaría más.) *(Vase.)*

CÉSAR. Hágala usted toda clase de ofrecimientos, ¿eh? No quiero quedar mal con mi hermana tampoco.

ALB. Déjelo a mi cuidado.

CÉSAR. Gracias. No sabe el mal rato que me evita. (*A los demás.*) ¿Tomamos una taza de té?

PEL. All right.

TOB. Encantado.

ELVI. (*A César.*) Y hablaremos de un proyecto mío. Quiero que vayas a París a pasar unos días con nosotros. Tengo ese capricho.

PEL. Tenemos, Elvirita, tenemos.

LUI. Y luego a Berlín con nosotros. ¿Verdad?

CÉSAR. Yo estoy para pocos viajes, hijas mías. (*Hace mutis por la izquierda, segunda puerta, diciendo.*) Cuando se cumplen los sesenta... Pero, en fin, si ese es vuestro capricho... (*Vase.*)

PEL. ¡Ya lo creo...!

TOB. Y como está hecho un muchacho... ¿verdad?

ELVI. ¡Estoy más contenta...! (*Se van por la puerta indicada.*)

TOB. Pasa, Pelayete, porque nos tutearemos, ¿eh?

PEL. No faltaba más. (*Mutis del brazo.*)

ALB. (*Viéndoles ir.*) ¡Lo que alegra un milloncejo...!

BIB. (*Con María Teresa por la derecha.*) Pase usted.

M. TER. Buenas tardes. *Es una muchacha monísima. Viste con modestia y pulcritud el traje obscuro del asilo a que pertenece.*)

ALB. Buenas tardes.

BIB. (*A Alberto.*) Aquí la tiene usted.

M. TER. ¿Es usted el señor general?

BIB. (*Riendo.*) ¡Por Dios!

M. TER. (*Un poco azarada.*) ¿Eh...?

ALB. No, señorita, no soy el general; pero soy el encargado de recibirla en su nombre.

BIB. (*Haciendo mutis por la segunda puerta de la izquierda.*) (¡Creer que un muchacho puede ser general...! ¡Qué educación les dan en esos colegios...!) (*Vase.*)

ALB. Tenga la bondad de tomar asiento.

M. TER. No, no, señor, muchas gracias...

ALB. Don César está ocupado en este momento y me suplicó...

M. TER. (*Sentándose.*) Entonces... esperaré.

ALB. Sí, puede usted esperar, aunque debo advertirle que la ocupación que retiene a don César lejos de aquí es de suma importancia y se prolongará bastantes horas.

M. TER. ¡Qué remedio!

ALB. Puede usted hablar conmigo del objeto de su visita y se ahorrará la espera.

M. TER. El objeto de mi visita no se resuelve con tanta rapidez. Es cuestión de mucho tiempo, de años quizá...

ALB. Estoy enterado... Sé que viene usted de parte de Sor Petronila, la hermana de don César, a suplir con sus cuidados a los de sus hijas, que tienen que ausentarse...

M. TER. Cabal. Ya comprende usted que el asunto no es de los que puedan tratarse por delegación.

ALB. Por su misma índole delicada, tal vez conviniera al general y aun a usted misma que hablásemos de él nosotros dos previamente.

M. TER. ¿Eh?

ALB. Para don César ofrece dificultades el decir... ciertas cosas que no se avienen con su carácter.

M. TER. ¿Tiene mal genio...? Cuénteme usted, cuénteme usted, me hará un gran servicio. Cuando se entra en una casa, como yo voy a entrar en esta, conviene saber cómo son las personas con las que se va a vivir, para evitar tropiezos... ¡Ay! Pero dirá usted que no tengo derecho para hablarle con esta confianza. Perdóneme... Soy una charlatana; no lo puedo remediar... Voy siempre con el corazón en la mano...

ALB. (*Encantado de María Teresa y sentándose cerca de ella.*) Usted tiene derecho a preguntarme cuanto quiera. Lo lamentable es que mis noticias no van a serle gratas, probablemente.

M. TER. Vamos, comprendo. Eso quiere decir que el general tiene un carácter agrio...

ALB. Es el hombre más bondadoso de la tierra.

M. TER. En ese caso, es que teme usted que yo no le agrade.

ALB. Usted tiene que agradar por fuerza a todo el mundo.

M. TER. (*Encantadísima y un poco avergonzada.*) Mire usted qué amable... Muchísimas gracias; pero entonces no alcanzo cuáles puedan ser esas malas noticias...

ALB. Verá usted... En todo lo relativo a su viaje hay un...

un error inicial, debido al exceso de celo de Sor Petronila y al entrañable amor que profesa a su hermano.

M. TER. ¿Qué quiere usted decir...?

ALB. Que la buena madre, sin duda por la inexperiencia de las cosas del mundo, ha partido de la creencia de que el general, al separarse de sus hijas, necesitaba y podía encontrar...—¡como si esas cosas pudieran encontrarse de pronto!—un afecto que supliese al que perdía. Desgraciadamente, los cariños... paternales no se improvisan, ni aun tratándose de personas que están adornadas de las más bellas cualidades, como usted debe estarlo, porque... En fin, usted ya me comprende...

M. TER. ¡Ay, no señor! Al contrario, mientras más le oigo—y le oigo con mucho gusto porque se expresa usted muy bien—le comprendo menos, don... ¿cómo es su gracia?

ALB. Alberto Salgar, para servirle.

M. TER. Muchas gracias... Y no es feo el nombre... Alberto Salgar. Pues mire usted, don Alberto... le declaro con toda sinceridad que, por más que lo busco, no encuentro cuál puede ser el sentido de sus palabras, como no sea que el general quiere ponerme de patitas en la calle....

ALB. *(Un poco turbado.)* ¡Ja, ja, ja...! ¡Qué cosas dice usted...!

M. TER. Ya le he advertido que soy muy franca.

ALB. Y a mí me encanta la franqueza, pero no conviene forzarla. ¡Ponerla en la calle...! Don César no tiene nada contra usted. ¿Qué podría tener si no la conoce? Estoy seguro de que si la hablara quedaría prendado de sus atractivos, pero...

M. TER. Pero ¿qué? Diga sin ambages cuanto quiera.

ALB. Pues lo que digo es que de todo esto tiene la culpa el dichoso correo. Si Sor Petronila hubiera recibido a tiempo la carta que el general le escribió ayer...

M. TER ¿Le escribió ayer...?

ALB. Para decirla que suspendiera el viaje, que no viniese de ningún modo.

M. TER. *(Vivamente.)* Entonces... es verdad que don César no me quiere a su lado... *(Se levanta.)*

ALB No se enfade por eso...

M. TER. (*Con alegría.*) Si no me enfado... Al contrario... (*Saltando y palmoteando.*) ¡Me despide...! ¡¡Me despide...!!! ¡Ole...! ¡¡Ole!!

ALB. ¿Se ha vuelto usted loca?

M. TER. Loca de alegria. Si tuviera más confianza con usted le daba un abrazo ahora mismo... (*Muy avergonzada.*) ¡Ay, por Dios! ¡Usted perdone, don Alberto...!

ALB. Ya me doy cuenta de que habla en sentido figurado, pero, vamos, no me explico su alegría...

M. TER. Pues, verá usted, es que yo venía rabiando. Ya comprenderá usted que venir a vivir a una casa extraña, con personas desconocidas, por buenas que sean, tenía que desagradarme. El mayor favor que podían hacerme es el que me han hecho: enviarme con la música a otra parte. ¡Ay, qué bien.! Es usted el hombre más simpático que he encontrado en mi vida. ¡Palabra!

ALB. Usted sí que es encantadora y que tiene el arte mágico de convertir en grato lo enojoso.

M. TER. ¿Yo? ¿Por qué?

ALB. Puesto que estamos en vena de sinceridades se lo diré claramente: porque hace un momento, antes de que entrara, me parecía la cosa más desagradable del mundo tener que decirla que se marchara, y ya ve usted; lo que era para mí un disgusto se ha convertido en una satisfacción.

M TER. ¿Por la que a mí me proporciona?

ALB. Por eso y por el placer que me ha causado esta... originalísima entrevista.

M. TER. Todavia vamos a ser buenos amigos.

ALB. Y habrá nacido nuestra amistad de que yo la haya puesto de patitas en la calle como usted decia antes.

M. TER. Así es la vida. Despreciamos a quien nos acoge con cariño y tomamos afecto a quien nos despide.

ALB. Gracias por lo del afecto.

M. TER. Como es verdad, no lo oculto; no soy hipócrita.

ALB. Gracias otra vez.

M. TER. Bueno.

ALB. ¿Y podré saber—le pido la confidencia en nombre de ese afecto—cómo es que ha venido a esta casa, si tan desagradable le era?

M. TER. Porque no he tenido otro remedio; me lo han mandado. Yo soy huérfana, carezco de familia; estoy desde muy pequeñita en esa institución que dirige Sor Petronila y que ha sido siempre mi hogar, el único hogar que he conocido y donde he vivido dichosa, todo lo dichosa que puede ser quien quedó huérfana tan niña como yo. Es natural que no quiera cambiar aquella casa por otra, sobre todo quedándome aún dos años de poder vivir en ella, porque en el orfelinato puede estarse hasta los veintitrés años y yo he cumplido el otro día los veintiuno.

ALB. ¡Ah! Ha cumplido usted...

M. TER. Si señor, los veintiuno. Al cumplir los veintitrés, pues hay que salir de allí por fuerza, si no se hace una religiosa o se casa... Desgraciadamente yo no tengo la menor vocación de monja, ni hasta ahora de casada tampoco.

ALB. Aunque la tuviera de esto último, en el convento no creo que pudiera realizarla.

M. TER. Pues mire usted, se casan muchas. Van a buscarnos allí, por supuesto, como quien busca ama de llaves, o enfermera... o burra de carga, porque hay que ver los galanes que nos presentan: casi todos son viejos o tullidos o bobos o viudos cargados de hijos... Es triste, ¿verdad?

ALB. Buen personal.

M. TER. Por hacerme conocer otro mejor es por lo que me ha enviado aquí Sor Petronila, que me tiene en mucha estima... Pero yo no quiero más que volverme al convento con mis monjitas y con mis compañeras. Allí tengo toda la alegría que necesito, ¿por qué no disfrutar de ella los dos años que me faltan? Luego, Dios dirá; yo soy un poco... filósofa. ¡Quién sabe lo que me reservará la vida!

ALB. Si la reserva lo que usted merece, no dude que será feliz, plenamente feliz, porque cada vez la encuentro más encantadora.

M. TER. Yo sí que cada vez estoy más convencida de que vamos a acabar por ser grandes amigos...

ALB. No olvidaré la lección para lo sucesivo. Cuando quiera conquistar el afecto de una persona empezaré por hacerle una grosería: por decirle «largo de aquí».

M. TER. Las groserías mayores pueden convertirse en las mayores delicadezas cuando rompen las cadenas que amenazaban oprimirnos y nos hacen libres nuevamente. ¡Viva la libertad...!

ALB. Eso parece un grito revolucionario.

M. TER. Y lo es. A mí las chicas del colegio me llaman la bolchevique.

ALB Pues me paso al bolcheviquismo. ¡Viva la revolución social! (*María Teresa ríe a carcajadas y se reprime de pronto al ver que entran en escena, por la segnnda puerta de la izquierda, Elvira y Luisa.*)

ELVI. En efeeto, es simpatiquísima.

ALB. Me alegro de que vengan ustedes. Han de saber...

ELVI. Que se ha resuelto del modo más satisfactorio el conflicto, ¿no? Ya lo sabemos.

ALB. ¿Cómo?

LUI. Sí, hombre, por Bibiana, que sigue con su costumbre de escuchar desde las puertas, y que ha ido a contárselo a papá.

ELVI. Venimos a conocer a la muchacha.

ALB. (*A María Teresa.*) Aquí tiene usted a las hijas del señor general, que desean saludarla.

ELVI. No sabe usted cuánto lamentamos que se haya tomado la molestia de venir hasta Madrid

M. TER. ¡Bah! De Pinto aquí no es largo el viaje.

LUI. (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja! ¿Quién hubiera creído que lo que nosotros no sabíamos cómo decirle, fuera lo mismo que usted estaba deseando que le dijeran?

M. TER. Esas coincidencias se dan a cada instante. Menos mal cuando son igualmente satisfactorias para todos.

ELVI. (*A Luisa.*) Chica, es muy mona.

LUI. Monísima.

PEL. (*Entrando con Tobías y Bibiana.*) Conque se resolvió por sí solo el asunto, ¿eh...? ¡Ah! Que aún está aquí la interesada.

TOB. (¡Bonita!)

PEL. (¡Bestial!)

ELVI. (*Presentándolos.*) Son nuestros futuros esposos.

M. TER. Tengo mucho gusto...

BIB. Me agrada la muchacha. Tiene muy buen sentido.

TOB. (*A María Teresa.*) La felicito cordialmente, por poder realizar su ilusión de perdernos de vista (*Rien.*)

M. TER. Por Dios, no diga usted... Mi deseo de volverme al convento no supone la menor malquerencia contra esta casa que me ha resultado simpatiquísima.

PEL. All right.

CÉSAR. (*Entrando.*) ¿Donde está esa señorita?

ELVI. Aquí la tienes, papá.

CÉSAR. Vengo a pedirle perdón por no haberla recibido personalmente, pero Alberto debe haberle explicado el motivo: no me atrevía a decirle...

M. TER. Ya no hay que pensar en ello. Y no quiero molestarles más. Con permiso de ustedes me retiro. A estas horas salen varios trenes que paran en Pinto...

LUI. No es puñalada de pícaro.

TOB. Claro, debe quedarse un rato...

PEL. Naturalmente.

M. TER. Perdónenme, pero quiero estar al anochecer en el convento.

BIB. Así debe ser. Dejarla, dejarla que se marche.

CÉSAR. ¿Por qué no la lleváis vosotras en el hispano?

ELVI. Es verdad.

M. TER. ¡Por Dios! ¿Pero van a molestarse?

ALB. Sola no debe usted marcharse.

M. TER. Pero si tengo quien me acompañe. Hasta aquí ha venido acompañándome el señor Honorio, el cosario. Aún estará aguardándome en la calle, porque le dije que no se marchara hasta que yo no le dijese si me quedaba o no en la casa.

CÉSAR. Pues dígale que se marche. Mis hijas la llevarán a Pinto y de paso saludarán a Sor Petronila.

M. TER. Desde el balcón le haré señas...

CÉSAR. Como guste, Bibiana pida el coche.

BIB. Sí, señor.

M. TER. (*Al dirigirse al balcón da un grito y queda como petrificada.*) ¡¡Ah!!

TODOS. (*Asustados.*) ¿Eh?

ALB. (*Acudiendo a ella.*) ¿Qué le sucede...?

CÉSAR. (*Idem.*) ¿Qué le ocurre?

M. TER. (*Conmovida y asombrada.*) Pero... ¿por qué, Dios mío...? ¿Por qué? (*Tomando de sobre la chimenea el retrato.*)

CÉSAR. ¿Por qué... qué?

M. TER. (*Con el alma en la voz.*) ¿Por qué está aquí este retrato de mi madre...? (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior. Es de día. En otoño.

(*Están en escena DON COSME y ALBERTO. Don Cosme da muestras de nerviosísimo y de impaciencia.*)

ALB. Yo creo que debía usted aguardarle; ya no puede tardar en volver.

COS. ¿Pero usted sabe a dónde ha ido?

ALB. Sí, señor; a esperar a Luisa y a Tobías que deben haber llegado a Madrid hace más de dos horas.

COS. ¿Eh? ¿Cómo...? Pero ¿también han venido los de Berlín? ¡Qué cosa tan rara...! Ayer llegaron Elvira y su marido y hoy los otros... ¡Caramba! ¿Qué sucede amigo Alberto? ¿Sabe usted a lo que vienen...?

ALB. Ellos dicen que a llevarse a don César.

COS. ¿A llevárselo...? ¡Hombre! ¿Ahora se les ha desarrollado el amor filial, y han estado tres años sin preocuparse de su padre y sin más relación con él que una carta el día del santo y otra en año nuevo...? Vamos, vamos; que engañen a un... griffón, porque lo que es amí... Con lágrimas en los ojos me ha hablado a mí César de la ingratitud y del olvido de sus hijas. ¡Si no hubiese sido por esa muchacha...!

ALB. Es verdad.

COS. Crea usted que esa vuelta a Madrid se inspirará de seguro en alguna mira egoista.

ALB. Soy de igual opinión.

COS. Porque no creo que les haya traído la noticia, tan triste como cierta, de que César no anda todo lo fuerte que quisiéramos.

ALB. ¡Bah!

COS. Oíga usted: ¿Tendrán celos del cariño que siente César por esa muchacha?

ALB. No es por ahí, don Cosme. ¿Qué les importa a ellas...?

COS. O sabrán que por el deseo de aumentar su fortuna arriesga constantemente cuanto tiene...

ALB. Creo que pone usted el dedo en la llaga, porque sospecho que don César escribió a sus hijas no hace mucho tiempo, sobre asuntos de intereses...

COS. ¡Ah! Vamos...

ALB. Si es eso lo que les ha preocupado hasta el punto de hacerles venir, no dejan de tener razón, porque el general, de algún tiempo acá y desoyendo mis consejos, se mete en empresas arriesgadísimas. Menos mal que la suerte le ha acompañado hasta ahora. Ya ve usted, hace quince días ha invertido casi todo su capital en pesqueras del Norte.

COS. ¡Valiente!

ALB. Es muy posible que dupliquen de valor las acciones si eso de Francia se arreglan, pero si no se arregla...

COS. ¡Ay, amigo Alberto...? ¡Si yo no me encontrara en este instante bajo el peso de una grandísima preocupación, le haría a usted un comentario muy sabroso sobre esto, sobre lo otro y sobre lo de más allá; pero no puedo... No tengo cabeza para nada. ¡Lo que me ocurre es trágico!

ALB. ¿Eh?

COS. Trágico, amigo mío, trágico. Siento no poder hacer a usted ninguna confidencia, porque sin hablar previamente con César no debo... Pero crea usted que lo mío es trágico.

ALB. Sinceramente deploro...

COS. (*Suspirando dolorosamente.*) ¡Ay...! ¡Las mujeres..! No se case usted nunca. A mí me parece usted un hombre de un talento excepcional, porque ni

siquiera tiene usted novia. El día que sepa que tiene usted novia pensaré, «este muchacho es un estúpido, como todos los demás». ¡Las mujeres! En fin, hablemos de otra cosa. Me han dicho que se marcha usted a América, por cuenta del Banco en que está colocado.

ALB. Sí, señor; he ascendido y me mandan de jefe de una sucursal.

COS. Estará usted contento.

ALB. Contentísimo, don Cosme.

COS. Claro, sin familia... ¡sin mujer...!

ALB. Lo único que me apena es separarme del general, que tantas bondades ha tenido siempre para conmigo... (*Rumor de voces dentro.*) Aquí está ya.

COS. ¡Hombre...!

ALB. Con el permiso de usted, voy a terminar lo que estaba haciendo.

COS. No faltaría más.

ALB. Hasta luego, don Cosme. (*Se va por la primera puerta de la izquierda.*)

CÉSAR. (*Entrando por la derecha.*) ¡Querido Cosmético...!

COS. (*Serio.*) Ven con Dios.

CÉSAR. Hombre, ¿ese tono? ¿Qué te pasa?

COS. Una tragedia, querido Césa. Lo mío es trágico.

CÉSAR. Tus cosas, ¿no?

COS. Sí, mis cosas, pero una tragedia.

CÉSAR. Ya será algo menos. (*Se sienta.*) Qué, ¿sabes que han llegado hoy Luisa y Tobías?

COS. Acaba de decírmelo Alberto, que ha tenido la amabilidad de acompañarme durante tu ausencia. ¿También vienen por tí?

CÉSAR. También. Están locos los cuatro. Me escama tanta solicitud.

COS. ¿No te hacen abuelo todavía?

CÉSAR. Ni piensan. Les he preguntado y dicen que rodando por ahí no se pueden tener hijos. ¡Qué asco...! No sé a dónde vamos a parar, querido Cosme. A este paso... Días pasados leí una estadística del extranjero, y el mundo se acaba, créeme. En Francia apenas nace nadie

COS. Déjalo, hombre, a ver si dentro de un par de siglos no queda ni un francés, y eso vamos ganando. ¡Con la tirria que yo les tengo...!

CÉSAR. Es que en Inglaterra pasa otro tanto.

COS. Tampoco se pierde nada.

CÉSAR. Chico, cómo vienes.

COS. Vengo que ojalá chocara ahora mismo un planeta con la tierra, y pim, pom... todos gaseosos.

CÉSAR. (*Riendo.*) ¡Qué tonterías dices! ¿Irás a ver á las chicas?

COS. ¿Dónde paran?

CÉSAR. Los diplomáticos en el Ritz y los otros en el Hotel Parrondo.

COS. Caramba, tú, ¿dónde está eso?

CÉSAR. Ahí en la calle del Carmen. Un hotel de quinta clase.

COS. ¿Y eso?

CÉSAR. Porque parece que el cónsul es así, (*Apretando el puño.*) de los de puño prieto. Le pegan en el codo y se queja, pero no abre la mano. En cambio, su mujer no goza más que gastando dinero. Lo contrario de Elvira, que es de las ahorrativas y tiene un marido capaz de tirar el dinero a espuertas. Ayer me decia que había dado en París cuatrocientos francos por un café; tanto que yo le dije ¿es que lo tomastes en traspaso?

COS. Por lo visto, los matrimonios están cambiados.

CÉSAR. Sí, y creo que son una de disgustos .. ¡Y quieren llevarme con ellos. .! ¡Al instante...! Con lo tranquilo que estoy yo aquí al lado de María Teresa...

COS. La verdad es que has tenido la suerte de encontrar a última hora el cariño que necesitabas.

CÉSAR. La casualidad bendita de que resultara esta María Teresa hija de aquella otra Maria Teresa...

COS. Y que la madre le hubiera hablado de tí, aunque sin decirle tu nombre. Así te ha tomado ese cariño. Eres feliz, querido César; muy feliz. ¡En cambio, yo...!

CÉSAR. Pero ¿qué diantre te ocurre, hombre?

COS. ¿No te he dicho que una tragedia?

CÉSAR. Lo de siempre, ¿no? Que tu mujer a cada nueva trapisonda que le cuentan de tu vida pasada, aumenta en admiración y en cariño hacia tí ¿no es eso? Claro, piensa con orgullo: valgo más que todas las mujeres, puesto que he logrado lo que no ha logrado ninguna de ellas, casarme con él. No es tonta Luz.

COS. ¿Qué va a ser tonta, hombre? Es tontísima, que es más que tonta.

CÉSAR. ¿Eh?

COS. Mema de caerse, y me tiene frito con tanto cariño y con tanta admiración y con tanto empalago. Yo estaría más contento si lo hubiera tomado todo por la tremenda; pero ¡quiá...! ¡Es un derretimiento...! ¡Son unas mieles...! No es una mujer es una torrija, y tú no sabes lo que es estar casado con una torrija de ochenta kilos, caramba... (*Ríe César.*) No te rías porque lo que me sucede es trágico.

CÉSAR. ¡Y dale! Cuenta de una vez, hombre.

COS. Prepárate, porque tú no te esperas lo que voy a contarte. No, si a mí me suceden unas cosas...

CÉSAR. Hombre, me pones en curiosidad. Dí.

COS. Pues nada, que ayer salí de casa temprano y le dije a Luz que la esperaba en Viena a las seis y media para tomar el té. Llegué un poco antes; como aún no había ido Luz, decidí esperarla en el portal viendo las fotografías que tiene allí expuestas Calvache y en esto, zás, Pepita Gago; tú no la conoces; una muchacha que fué segunda tiple de Apolo y estuvo luego en la Comedia haciendo papelitos... Como actriz, una calamidad, pero como mujer, muy graciosa, muy despejada y de esas que le dan un sablazo a Colón. ¡Cosmito...! ¡Muchacha...! Ya sé que te has casado... Sí, y aquí estoy esperando a mi mujer, de manera que evapora... ¡Mira que tú casado...! Y me echó los brazos al cuello... y en aquel momento, cataplum, mi mujer.

CÉSAR. Trágico.

COS. No; todavía no es más que sainetesco, pero ya vendrá la tragedia, ya vendrá.

CÉSAR. ¡La pobre Luz...!

COS. Figúrate. Luz, pálida, musitó un ¡Jesús...! Yo, negro, sofoqué un ¡¡Ah!!; la Pepita, blanca, ahogó un ¡¡Oh..!!, comprendiendo que había metido el remo, y acto seguido, con el propósito de arreglarlo, o no sé con qué propósito, porque esa es más larga que la calle de Alcalá, va y le dice a Luz: «Señora, no piense usted mal de nosotros; le abrazaba porque... es mi padre.»

CÉSAR. ¡Dios santo...!

COS. Y aquí viene lo inverosímil, César, lo estupefactante, lo trágico... Luz, que me dice trémula: «Vete y déjanos, Cosme; quiero hablar con esta desventurada...» Pepita que se arroja en sus brazos, diciéndole: «¡Madre mía...!»

CÉSAR. ¡Atiza!

COS. Yo, que me voy tropezando con los transeuntes y... ¡César de mi alma...! No sé lo que esa sinvergonzona le habrá contado a Luz, pero lo cierto es que mi mujer, creyendo ganarme por el corazón, y pensando sin duda que lo que me tenía algo distanciado de ella era esa hija, la ha metido en casa para que viva con nosotros...

CÉSAR. ¡Aprieta!

COS. Y allí está Pepita Gago, con una cara de chunga, que cada vez que la veo siento una cosa así, que parece que se me pudre toda la región pericardo-peritoneal.

CESAR. Escucha ¿pero estás tú seguro de que no es tu hija?

COS. Vamos, César, caramba; que lo que me sucede no es para tomarlo a chacota.

CÉSAR. ¿Y qué piensas hacer?

COS. Yo, nada: esperar a que tu me arregles este asunto, como me has arreglado tantos. Mira, ahora vendrá Luz a recogerme, porque vamos a pasar la tarde a Pozuelo con los de Aramendía, y quiero que entre tanto vayas tu a casa, cojas por tu cuenta a la Pepita, la amenaces hasta con la cárcel si es necesario, y la obligues a marcharse, pero dejándome en buen lugar, por Dios... Algunos renglones de despedida, como si, en efecto, huyese del hogar paterno...

CÉSAR. Sí hombre, comprendido.

COS. Claro, que si hacen falta dos o tres mil pesetas...

CÉSAR. Ya estoy en ello.

COS. ¿Confío en que me sacarás de este atolladero?

CÉSAR. Sí, hombre, sí; con mucho gusto.

COS. Gracias, querido César... ¡¡Muchas gracias!!

CÉSAR. Pero, chico, es que te suceden unas cosas...

COS. Desde niño, César, desde niño... (*Rumor de voces dentro.*) ¡Ella...! Creo que para nuestro plan no debes darte por enterado...

CÉSAR. Como gustes...

D.ª LUZ. *(Entrando en escena por la derecha.)* ¡Hola...! Buenas tardes..

CÉSAR. Amiga mía... ¿Cómo va...?

D.ª LUZ. Muy bien, don César, muy bien y muy contenta... (*Mirando a su marido arrobadamente.*) Contentísima.

CÉSAR. ¿Y eso ..?

D.ª LUZ. ¡Qué sé yo...! No sé... Estos días de otoño son tan agradables... (*Aparte a Cosme.*) ¿Le has dicho...?

COS. *(Secamente.)* ¡Mujer...! Me daría sonrojo...

D.ª LUZ. (*Derretidísima.*) Eres la suprema delicadeza...

COS. (*Separándose de ella.*) (¡Qué torrija, Dios mío!)

D.ª LUZ. *(Sentándose.)* Bibiana, que está abajo charlando con los porteros...

CÉSAR. ¿Cómo no?

D.ª LUZ. Acaba de decirme que han llegado esta mañana Luisa y Tobías.

CESAR. Sí...

D.ª LUZ. Estará usted satisfechísimo. Tener aquí a sus hijas... (*Suspirando.*) ¡Ay! ¡Las hijas...! Comprendo el amor paternal y lo respeto. ¡Qué ventura tener una hija y estrecharla contra el corazón...!

COS. (*Levantándose nervioso.*) Bueno, Luz, vámonos. Recuerda que prometimos a los de Aramendía llegar pronto...

D.ª LUZ. (*Levantándose.*) Como tú dispongas, Cosmín.

M. TER. (*Entrando en escena por la segunda puerta de la izquierda. Viste admirablemente.*) ¿Eh? ¿Pero ya está usted de vuelta...?

CÉSAR. Hola, hijita...

M. TER. Buenas tardes, don Cosme... ¿Qué tal, señora, cómo está usted...?

D.ª LUZ. Muy bien. ¿Y tú...? *(La besa.)* Me he lanzado a tutearte, como ves.

M. TER. Es usted muy dueña.

D.ª LUZ. A las personas que cobro afecto no sé hablarles de usted.

M. TER. Muchísimas gracias.

D.ª LUZ. (*A Cosme.*) También tuteo ya a...

COS. (*Secamente.*) Bueno, bueno, despídete...

M. TER. (*A César.*) ¿Llegaron bien esos viajeros?

CESAR. Muy bien. Van a venir a comer con nosotros.

M. TER. Lo que han debido es venir a vivir todos a esta casa, padrino.

CESAR. Mujer, son tan incompatibles... Por eso no les he insistido...

M. TER. Pues ha hecho usted muy mal. Cada cosa en su sitio. ¿Tomó usted la medicina...? A que no.

CESAR. A que no.

M. TER. ¿Están ustedes viendo...? Y teniéndolo aquí todo preparado... ¡Enfermo más rebelde...! (*Toma de sobre un mueble un frasco y una cuchara.*)

CESAR. ¡Pero, mujer, si yo no estoy enfermo, ni tengo nada...!

M. TER. Pues por si acaso. Tome usted. (*Le hace tomar una cucharada de medicina.*)

CESAR. Nada, que hace lo que le da la gana...

M. TER. Pues no faltaría más.

COS. Bueno, María Teresa, no es que usted nos eche; pero mi torrija... mi señora y yo tenemos que estar temprano en Pozuelo.

M. TER. (*Dándole la mano.*) Adiós, don Cosme.

D.ª LUZ. Adiós, María Teresa. (*Se besan.*)

M. TER. Adiós, señora... (*Tomando la cuchara y el frasco de la medicina.*) Voy a llevar esto para que lo limpien... (*Se va por la segunda puerta de la izquierda.*)

COS. (*Despidiéndose.*) ¡Querido César...! No te digo nada.

CESAR. (*Entre paño y bola.*) Dentro de media hora estaré allí... (*Don Cosme inicia el mutis por la derecha.*)

D.ª LUZ. (*A César.*) Adiós, amigo mío... (*Bajando la voz.*) Estoy contentísima... Ya le contaré... Estaba algo frío conmigo, pero he tenido la suerte de encadenarle de nuevo.

CÉSAR. (*Iniciando el mutis con ella.*) Sí, ¿eh?

D.ª LUZ. Sí, y esta vez le he encadenado por el corazón.

CÉSAR. (*Haciendo mutis con ella.*) (Estás enterada.)

COS. (*Saliendo.*) Torrijita... Luzecita... (*Se van los tres.*) (*María Teresa entra en escena por la izquierda, arregla unos papeles de sobre una mesita, toma una flor de cualquier florero, se la pone, se da unas cuantas puñaladitas ante un espejo, se encuentra a su gusto y, no sabiéndo qué hacer, se acerca a la cristalera del balcón y queda mirando a la calle.*)

CESAR. (*Entrando por la derecha.*) ¿Qué es eso? ¿Tenemos novio a la vista...?

M. TER. (*Fingiendo enojo.*) Ya le he dicho que no me gustan las bromas de cierta clase, padrino.

CÉSAR. Sí, sí; como que vas a probarme que a tí no te gusta nadie.

M TER. Me gusta usted... cuando no me da bromas de mal género.

CÉSAR. Tú eres una aduladora, que porque sospechas que yo llevaría a mal que te casases y me abandonaras, no me dices nunca lo que pasa en tu corazón.

M. TER. Y usted es un señor muy mal pensado que se figura que yo me paso la vida buscando novios.

CÉSAR. Mujer, no tendría nada de particular. Tu porvenir es casarte. No vas a consagrar la vida entera a cuidar de un vesjetorio...

M. TER. Ese vejestorio sabe perfectamente que yo soy feliz junto a él y es injusto conmigo al estar siempre con ese miedo de que le abandone. No nos amarguemos el presente pensando en lo futuro. Dis rutemos de la felicidad actual y dejemos a Dios el cuidado de lo que vendrá después. El dispondrá lo más conveniente para todos. Bueno, y no hablemos de cosas tristes; recuerde usted que el doctor le ha recetado, como medicinas esenciales, la tranquilidad de espíritu y la alegría.

CÉSAR. Por eso mi receta eres tú.

M. TER. Y ahora deben serlo también Elvira y Luisa...

CÉSAR. Yo no tengo más hija que tú, María Teresa.

M TER. ¡Que tontería!

CÉSAR. Puedes creerme. Por tí he conocido los goces de la paternidad... Dios me los negó con las que llevan mi sangre, que siempre fueron ingratas conmigo, y me los ha dado generosamente con una extraña...? Qué hubiera sido sin tí, de los últimos años de mi existencia...? Creeme, María Teresa, los hijos verdaderos no son los que nos deben el ser: son los que nos aman, y ellas...

M. TER. Vamos, vamos; no hay que ser rencorosillo... Al fin y al cabo son sus hijas y vienen a verle, después de tres años de ausencia...

CÉSAR. ¡A verme...! Si yo creyera que ese es su único objeto, ¡qué contento estaría...! Pero no es el cariño el que las trae: estoy seguro.

M. TER. ¿Pues qué, entonces?

CÉSAR. No lo sé. Algún interés mezquino que no han des-

cubierto todavía. Yo no soy para ellas más que... uu objeto de explotación...

M. TER. No piense mal, padrino.

CÉSAR. ¿Ignoras que esa ha sido siempre la gran amargura de mi vida, su ingratitud y su indiferencia hacia mí?

M. TER. Tal vez vuelvan arrepentidas de su frialdad y dispuestas a quererle como usted se merece. Esta separación debe haberlas hecho ver la falta que hace un padre .. Usted debería hacer que alguna de las dos se quedase aquí o irse al lado de la que prefiriera...

CÉSAR. ¿Irme con ellas...? ¿Dejarte a tí...? ¿Estás loca...? Mientras tú no me eches, yo no me separaré de tu lado... Y tú no me echarás nunca ¿verdad?

M. TER. ¡Qué desatino!

CÉSAR. Aunque llegara el caso—que es mi pesadilla—de que te casaras... (*María Teresa, avergonzada, baja los ojos.*) Nunca faltaria para mí un rincón en tu hogar, ¿no es cierto? Un rinconcillo para el pobre amigo viejo y solo...

M. TER. (*Conmovida.*) ¡Padrino...!

CÉSAR. ¡Tú no olvidarás nunca lo que de mí te dijo tu madre...!

M. TER. ¡Basta, por Dios, padrino...! ¡No me haga llorar...!

CÉSAR. ¡María Teresa...! (*Se abrazan.*)

M. TER. ¡Y pensar que yo vine a esta casa rabiando...! ¡Qué cosas hace la casualidad!

CÉSAR. No fué la casualidad; fué Dios quien lo hizo. Yo no había tenido más que un cariño en mi vida y no podía tener otro; porque el que te tengo a tí es aquél, aquél, que cambió de forma, pero que en el fondo es el mismo... La que había de venir a ser una hija verdadera para mí tenías que ser tú, la hija de aquella mujer que fué el amor de mi vida...

M. TER. ¡Silencio!

CÉSAR. Nunca quieres que te hable de lo que tanto me gusta hablar...

M TER. Es que viene doña Bibiana y si nos ve un poquillo tiernos... Como anda bastante celosilla...

CÉSAR. Claro, la has vuelto loca... Cada vez que la llamas doña Bibiana, se esponja y hasta se rezuma.

M. TER. ¡La pobre...! ¡Es tan buena...!

CÉSAR. ¡Si no hablara más de la cuenta...!

M. TER. ¿Qué quiere usted que haga, si tiene muchos años y es mujer?

BIB. (*Entrando en escena por la derecha. Viene de manto.*) Hola...

M. TER (*Riñéndola cariñosamente.*) ¿Pero qué horas son estas...? ¿Me quiere usted decir...?

BIB. Hija mía, me he entretenido más de la cuenta. Después de saludar a los recién llegados fuí a visitar a Elvira y a su esposo, y luego he estado por ahí enseñando a todo el mundo los regalos que me han traído.

M. TER. ¿Eh? ¡A ver, a ver...!

CÉSAR. Caramba, ha tenido usted más suerte que yo...

BIB. Aquí los traigo en el pañuelo... (*Sacude el pañuelo en el que no trae nada, como es lógico.*) Mirarlos, mirarlos...

M. TER. (*Riendo.*) Me ha hecho usted picar, doña Bibiana.

CÉSAR. Y a mí.

BIB. ¡Par de pécoras...! (*A don César.*) Si no estuviera usted delante, ya diría yo de ellas todo lo que se me está ocurriendo. ¡Venir de París y de Berlín...!

M. TER. (*Conciliadora.*) Vamos, doña Bibiana...

BIB. Y a doña Bibiana que la parta un rayo. Ni siquiera una horquilla invisible... ¡Cuervas. .! Que eso es lo que son, dos cuervas. Porque yo no digo que me trajeran una mantilla de blondas, pero unos pañuelos, un abanico, un bolso, un corte de blusa... Un recuerdo; señor, que bastante mecha les he aguantado en treinta años; que eso se dice pronto. Que si el sarampión, que si la escarlatina, que si paperas, que si anginas... y cataplasmas por aquí, y polvos de talco por allá... y Bibiana no te vayas, y Bibiana ven aquí, y Bibiana cóseme esto y ponme aquello Bibiana... ¡Cuervas...! ¡Pécoras...! ¡Desagradecidas...! ¡Gentuza...! Si no estuviese usted delante...

CÉSAR. Más no creo que dijeras, Bibiana.

M. TER. Bueno ¿Ha tomado usted el vaso de leche?

BIB. ¡Qué vaso ni qué... taza! Yo creí que los del Ritz iban a preguntarme si quería tomar algo y por eso me fuí en ayunas. Pero sí, sí... Buena es la moza para convidar a nadie. Saluda en francés, porque se ahorra letras... No, si ya cuando jovencita apuntaba

lo que iba a ser. Porque ella, dar, ni las buenas tardes, y prestar... ni siquiera prestaba atención... Pero, anda, que buen marido le ha tocado en suerte... ¡Jajay! En camisa la va a dejar.

M. TER. Bueno, usted va a tomar ahora mismo su vaso de leche.

BIB. Criatura, a esta hora ya...

M. TER. Si, señora, a esta hora. No va usted a estar sin tomar nada hasta las tantas de la tarde.

BIB. Pero mujer...

M. TER. (*Cariñosamente.*) Viejo que se cura, cien años dura, doña Bibiana, no lo olvide usted.

BIB. Siempre acabaré por hacer lo que tu quieras.

M. TER. Porque yo no quiero más que lo que es razonable, y como usted tiene muchísimo talento...

BIB. ¡Cómo me conoce!

M. TER. Acaba siempre comprendiendo que lo razonable es lo que le conviene.

CÉSAR. Claro.

M. TER. Ande, ande. Cuanto menos tarde, mejor.

BIB. Como tú dispongas.

M. TER. Y con respecto a eso de los regalos... ¡quién sabe todavía! Aún no les ha llegado parte del equipaje... Además, que el no regalar no significa falta de cariño. Yo no le he regalado a usted nada nunca y, sin embargo, no creo que me tache de poco cariñosa.

BIB. (*Entusiasmada y derretida al mismo tiempo.*) ¿Poco cariñosa tú...? Tú, con regalo y sin regalo, eres tú, Maria Teresa... ¡Tú...! Es decir, todo y la única... y... ¡¡todo...!! ¡Qué más regalo para mí que tú misma!

M. TER. Gracias, doña Bibiana.

BIB. (*Conmovida, haciendo mutis por la segunda puerta de la izquierda.*) ¡No sabes tú cuánto te quiere doña Bibiana... (*Vase.*)

CÉSAR. Hija mía, domesticas a las fieras. Y lo gracioso es que ya se llama doña Bibiana ella misma.

M. TER. La pobre es una infeliz...

CESAR. ¡Buena la han hecho esas dos con no traerle ningún regalo...!

M. TER. Ya procuraré yo que eso se arregle.

CESAR. En fin, aquí te dejo.

M. TER. ¿Eh? ¿Va usted a salir otra vez...?

CESAR. Sí. Ese diablo de Cosme me ha encomendado una misión, bastante peliaguda por cierto, y voy a llegarme a su casa en un salto.

M. TER. ¿No será mucho ajetreo, padrino...?

CESAR. ¡Está tan cerca...! Luego te contaré; te vas a reir. Hasta luego.

M. TER. Hasta después.

CESAR. Ya sabes que comen aquí los dos matrimonios.

M. TER. Sí, señor; estará todo a punto.

CESAR. Adiós.

M. TER Hasta ahora. (*Se va César por la derecha. Tras una breve pausa, y después de cerciorarse de que nadie atisba por la segunda puerta de la izquierda, se acerca a la primera puerta de este lateral y llama.*) ¡Alberto...! (*Se mira al espejo y se arregla el pelo coquetonamente.*)

ALB. (*Entrando.*) ¿Podemos hablar?

M. TER. Sí.

ALB. Pues aquí tienes ya tus papeles en regla... (*Saca de un bolsillo unos papeles.*)

M. TER. ¿Los encontrastes todos?

ALB. Todos. Hoy mismo quedarán en la Vicaría.

M. TER. ¡Por Dios, no hables tan alto! Si alguien nos oye y se lo dice al general...

ALB. ¡Qué angustia andar siempre con estos temores...!

M. TER. ¿No sabes que sería matarle descubrirle nuestro cariño?

ALB. ¿Y cómo vamos a tenérselo oculto siempre...?

M. TER. Siempre no digo, pero mientras más le retrasemos el disgusto...

ALB. Es que tampoco podemos retrasarlo ya. Mi jefe ha vuelto hoy a decirme que es preciso que me embarque en el vapor del siete de Diciembre. Ya ves que urge que fijemos el día de la boda.

M. TER. (*Con amor.*) ¡Qué ilusión, Alberto de mi alma...! ¡Casarnos...! ¡Emprender contigo ese viaje, que todo el mundo dice que te conviene tanto...!

ALB. ¡Figúrate! Ir a ser director de una sucursal...

M. TER. Lástima que ese placer esté amargado para mí por la pena de tener que abandonar a don César.

ALB. En este momento sentirá menos la separación, puesto que tiene aquí a sus hijas.

M. TER. ¡Sus hijas...! Demasiado sabes tú lo que son sus hijas para él... Créeme, Alberto, no sé cómo decirle que vamos a casarnos. Tiemblo por su salud; está muy delicado y esa noticia...

ALB. ¡Bah!

M. TER. Es su temor constante que yo pueda marcharme de su lado. ¡Pobre...!

ALB. ¿Y qué hemos de hacerle? No vamos a dejar de casarnos porque él no lo sepa... Bastante sacrificio le hemos hecho ya ocultándole a él y a todo el mundo nuestro cariño durante dos años...

M. TER. ¿A eso le llamas sacrificio?

ALB. ¿No lo es, por ventura?

M. TER. No. El tenerlo oculto no entibia el cariño; más bien lo aviva... Lo hace más hermoso, más nuestro, por lo mismo que no damos nada de él a los demás, sino que lo guardamos todo para nosotros... El misterio tiene algo de novelesco, de excitante... Si yo hubiera podido decirte a todas horas que te quería, tal vez no te hubiera querido tanto como teniendo que buscar las ocasiones de encontrarte a solas para decírtelo, recatándome como si cometiera un crimen... Cuántas veces, cuando estamos delante del general fingiendo indiferencia, siento el impulso de acercarme a tí y decirte: «¡Te quiero, te quiero...!» El esfuerzo que me cuesta reprimirme me parece un sacrificio que hago a ese hombre santo, que es más que un padre para mí. ¡Y es tan dulce sacrificarse un poco por quien se ama...! Yo haría por tí todos los sacrificios... ¡Déjame hacer alguno también por ese pobre viejo, que tanto lo merece!

ALB. ¡Qué buena eres, María Teresa!

M. TER. ¡Es muy fácil ser buenos cuando somos dichosos...!

ALB. ¿Te sientes feliz?

M. TER. Plenamente... ¡Quién nos hubiera dicho esto hace tres años, cuando vine a esta casa...! ¿Te acuerdas?

ALB. ¿No he de acordarme...? Y a propósito .. ¿A que no te acuerdas tú de una cosa que me ofrecistes?

M. TER. ¿Yo...?

ALB. Tú. En el arrebato de alegría que te entró cuando te

despedí de la casa, exclamastes: «De buena gana le daba a usted un abrazo.»

M. TER. (*Separándose un poco de él.*) No, no... pues no...

ALB. ¿Que no te acuerdas y me huyes?

M. TER. Eso lo has soñado tú.

ALB. ¿Eh?

M. TER. ¿Cómo iba yo a decir tamaña barbaridad... sin confianza ninguna contigo... Vamos, vamos, hablemos de otra cosa.

ALB. Me lo digistes, y como se trata de una deuda que nunca me has pagado, voy a cobrármela ahora mismo.

M TER. ¡Tendría que ver...! ¡Insolente...! (*Se pone a la defensiva.*)

ALB ¡Pero, mujer... con los papeles arreglados...!

M. TER. A mí me dejas tú de papeles.

ALB Pero una cosa tan inocente como un abrazo...

M. TER. Quita, quita, por Dios, y déjame pasar, que tengo que disponerlo todo para la comida...

ALB. ¡María Teresa!

M. TER. (*Con energía.*) ¡No, no y no!

ALB. ¿Pero...?

M. TER. (*Suplicante y casi llorosa.*) ¡No, Alberto...!

ALB. (*Dejando el asedio.*) ¡Basta, mujer...! ¡No te pongas así...!

M. TER. (*Apuradísima.*) No te enfades. Es que... Además, que viene gente... En serio... Vienen y... Ya falta poco para que seamos felices... No te enfades, Alberto de mi alma... No te enfades... *(Se va por la segunda puerta de la izquierda.)*

ALB. ¡Qué buena es, Dios mío, qué buena es...! ¡Y yo qué...! Pero es que... ¡¡Ay...!! (*Se va por la primera puerta de la izquierda, diciendo reconcentrada y desesperadamente.*) La quiero y me gusta y... *(Mutis.)*

(*Por la derecha entran en escena ELVIRA y PÉLAYO.*)

PEL. Me contraría esta invitación de tu padre, Elvirita. Yo quería que hubiesen comido con nosotros los Góngora, Luis Manzano y Pepe «Fstradda».

ELVI. Sí, y el regimiento de Húsares de Pavía.

PEL. ¿Eh?

ELVI. ¡Pues, hijo, no eres túna die convidando.

PEL. Mujer, por Dios, recuerda que ellos nos invitaron en París repetidas veces.

ELVI. También tú les arreglastes aquello de los pasaportes; de manera que favor por favor.

PEL. Caramba, hubieras hecho una bonita yunta con Tobías, tu «cuñaddo».

ELVI. Eso es llamarme cursi y miserable, y no te lo consiento.

PEL. All right.

ELVI. (*Furiosa.*) ¡¡No te lo consiento!!

PEL. No alces la voz porque puede estar por ahí, y ahora no nos conviene pelearnos con él. Gracias a él vamos a evitar el despojo de que estábamos amenazazados, y le debemos esa gratitud. Ya has visto que al bajar del tren le he «daddo» un abrazo, y eso que traía un guardapolvo de comisionista francés, como para haberle «daddo», no un abrazo, sino un tiro. Caramba, y me pareció que vestía el mismo traje conque se fué de aqui hace tres años.

ELVI. ¡Por Dios, Pelayo.

PEL. En fin, deseo que hablemos con él para que nos amplíe los detalles de su descubrimiento..,

ELVI. ¿Qué más detalles quieres...? Bien claro nos ha dicho Bibiana que María Teresa es aquí la dueña absoluta, lo que no hemos sido nosotras, y al revelarnos lo de las relacioues secretas de María Teresa con Alberto y el empeño de ambos de que papá no se entere, he comprendido muchas cosas que antes no comprendía.

PEL. ¿Eh?

ELVI. Porque yo no me explicaba el por qué papá, en las postrimerías de su vida, comprometía su fortuna por el afán de aumentarla de esa manera, y ahora lo veo clarísimo.

PEL. ¡Caramba!

ELVI. Puesto que en el testamento le deja a María Teresa la mitad del tercio de libre disposición, que es lo que él posee actualmente, pues desea Alberto, por lo visto, que esa mitad, en vez de cien mil, sea el doble.

PEL. De una lógica laminante. Bueno, para estas cues-

tiones de intereses tienes una penetración... (*Rumor de voces dentro.*)

ELVI. ¿Eh?

PEL. (*Acercándose a la puerta del lateral derecha.*) Son Luisa y Tobías. ¡Y lo que te dije...! ¡Trae el mismo traje con que se fué!

(*Por la derecha entran en escena LUISA y TOBIAS. En efecto, Tobías trae el mismo traje del acto primero.*)

TOB. Hola...

LUI. Dicen que papá ha salido...

ELVI. Sí, creo que salió hace un instante...

TOB. ¿Han visto ustedes ya a la mosquita muerta?

ELVI. Ni a la mosquita muerta ni... al moscón vivo; porque no sé si sabrán ustcdes que Alberto y ella tienen relaciones secretamente ..

LUI. Nos lo dijo Bibiana. Y como Tobías es tan escamón, dice que Alberto aconseja a papá que arriesgue su dinero para que lo triplique en poco tiempo, y de esa manera...

ELVI. Lo mismo que acabo yo de decirle a Pelayo.

PEL. Como que Tobías y tú...

TOB. Que no nos chupamos el dedo. Tú como no piensas más que en derrochar...

ELVI. Que es lo que le sucede a Pelayo...

PEL. Dejémonos de tonterías y vamos a lo que interesa. (*A Tobías.*) Tú estás seguro de que el general ha testado a favor de María Teresa, ¿no?

TOB. Segurísimo. Le deja la mitad de lo que actualmente posee. Como te he dicho, lo sé por uno de los testigos del testamento.

PEL. Entonces, nuestro plan... cuál debe ser?

ELVI. Pues, hijo, hablar muy clarito con todo el mundo, pero nosotras nada más. Ustedes en esto no deben meterse. Luego, nos sacrificaremos si es preciso, y nos llevaremos a papá de aquí, o una de nosotras se quedará a su lado...

TOB. Sí, Luisa se quedará...

PEL. ¿Por qué ha de ser Luisa?

TOB. ¡Hombre...!

PEL. ¡Hombre...! Digo yo también.

ELVI. Suplico a ustedes que no se mezclen en este asunto

y que se limiten a ver, oir y callar. Nosotras dos sabremos ponernos de acuerdo. ¿Verdad, Luisa?

LUI. Claro.

TOB. Pues por mí parte...

ELVI. (*A Luisa.*) Escucha... (*Hablan aparte.*)

PEL. (*A Tobías.*) Chico, lo que te dura la ropa; con el mismo traje que te fuistes, has vuelto.

TOB. Y lo que te rondaré. porque este admite todavía una vuelta.

PEL. ¿Otra?

TOB. Digo que puede volverse la tela. Yo a los trajes les doy una de vueltas que los mareo.

PEL. Este anda ya algo borracho.

TOB. Por un par de duros te lo vuelven y...

PEL. Quedan muy mal, porque este bolsillo del pecho... o te lo zurcen, cosa feísima, o tienen que hacerte doble bolsillo, lo que es aun peor, porque no hay modo de disimular que es un traje vuelto.

TOB. ¡Qué infeliz eres...! Se disimula muy bien, hombre!

PEL. ¿Sí?

TOB. Mira, en este bolsillo (*Por el de la izquierda.*) se pone el pañuelo, y en este otro (*Por el de la derecha.*) los puros y la estilográfica.

PEL. ¡Ah...! Pues mira, tienes razón, no había yo caído.

ALB. (*Entrando en escena por la primera puerta de la izquierda.*) Muy buenas tardes.

TOB. ¡Oh! Amigo Alberto...

LUI. ¿Qué tal...?

ALB. (*Saludándoles.*) Bien venidos...

PEL. ¿Qué tal desde ayer, querido...?

ALB. Muy bien, muchas gracias.

ELVI. Llega usted con una gran oportunidad; nos disponíamos a ir en su busca.

ALB. Ustedes dirán en qué puedo servirlas...

ELVI. Queríamos hablarle de un asunto... enojoso, que no se relaciona con usted directamente, pero sí con una persona que le inspira el mayor interés...

ALB. Don César, quizá...

ELVI. No, María Teresa.

ALB. ¿Eh...? ¿Qué tengo yo que ver...?

LUI. No se haga el inocente. Sabemos sus amores...

ELVI. Sería inútil que nos negara...

ALB. Pueeto que es inútil, no lo niego. Después de todo, a ustedes debe interesarle el secreto tanto como a nosotros mismos.

LUI. ¿A nosotras? ¿Por qué?

ALB Porque si hemos ocultado hasta ahora que nos queremos ha sido únicamente por evitarle ese disgusto al general.

ELVI. ¿A nuestro padre?

ALB. ¿Ignoran ustedes que es su mayor preocupación el temor de tener que separarse de María Teresa?

LUI. (*Con ironía.*) Sí, ya sabemos que le ha tomado un gran cariño.

ELVI. (*Idem.*) Que usted procura, indudablemente, fomentar...

ALB. ¿Eh?

PEL. ¡Claro...!

ELVI. (*A Pelayo, severamente.*) Tú te callas.

PEL. All right.

ALB. Crean ustedes que no comprendo...

ELVI. Hombre, usted es el administrador de papá.

LUI. Su hombre de confianza, su hombre de negocios... y es natural que trate de inclinar los negocios del lado de su conveniencia...

PEL. (*A Tobías.*) ¡Qué bruta es...! (*Conteniéndose*) Es decir, perdóname.

TOB. De nada, hombre, soy el primero en reconocerlo...

ALB. (*Perplejo.*) Insisto en que no sé lo que quieren decirme, pero si detrás de esa reticencia se oculta la acusación de no servir lealmente a don César, permítame que la rechaze por injusta, con todo el respeto que les debo.

LUI. Hay muchas maneras de ser leal.

ELVI. Puede bastar una insinuación o un consejo para conseguir...

ALB. (*Impaciente.*) ¿Para conseguir qué? Si no hablan ustedes con claridad, no lograremos entendernos.

ELVI. Pues hablemos con claridad, puesto que lo exige.

ALB. ¿De qué me acusan?

ELVI. De haber sido el inspirador del testamento hecho por nuestro padre hace un mes próximamente.

ALB. ¿Eh? ¿Pero ha testado...? Es la primera noticia que

tengo. No acostumbro a informarme de lo que no se relaciona conmigo.

ELVI. ¿Ni de lo que se relaciona con... su prometida tampoco?

ALB. ¿Qué quiere usted decir?

ELVI. ¿Ignora usted que nuestro padre trata de despojarnos, disponiendo a favor de esa... intrusa de lo que nos pertenece?

LUI. ¿No sabe usted que la deja la mitad de sus bienes?

ALB. Doy mi palabra de honor de que lo ignoraba.

LUI. ¿Y ella... también?

ALB. También, puesto que nada me ha dicho.

LUI. Se lo habrá ocultado por... delicadeza.

ALB. Basta de ironías. Podría soportarlas con resignación si se dirigieran sólo contra mí; dirigiéndose contra la que saben ustedes que ha de llevar mi nombre, no debo soportarlas. ¿Son ustedes, que vienen aquí a .. lo que acaban de decirme, las que hablan irónicamente de... «delicadezas», tratándose de quien sólo representa en esta casa el desinterés. la ternura, el verdadero cariño, sin que le obligue el lazo de la sangre, llevada sólo por su bondad? ¡Delicadeza...! ¡Delicadeza...! Ya se conoce que vienen del extranjero. Han olvidado lo que significan las palabras en castellano.

PEL. (*Agresivo.*) ¿Ese tono...?

TOB. (*Idem.*) ¡Piense usted lo que dice!

ALB. Que lo piensen ellas primero.

ELVI. (*A Pelayo y Tobías.*) Ustedes se callan. A ustedes no les importa ni poco ni mucho nada de esto. Son cuentas que nosotras ajustamos con el administrador de nuestro padre...

PEL. All right.

ELVI. No se sulfure usted, amigo Alberto, porque no creo que le hayamos ofendido...

ALB. Sí, señora; me han ofendido ustedes al suponerme capaz de haber procurado con malas artes inclinar la voluntad de don César hacia eso que llaman despojo. Ni María Teresa ni yo hemos pensado nunca en heredar al general. A mí me basta con haberle servido fielmente en el cargo que me legó mi padre; a ella, con la de haber cumplido al lado suyo el deber de cariño filial que otras... no cumplían.

ELVI. Usted puede hablar por sí mismo; ella... no sabemos lo que pensará.

ALB. Lo que piensa vamos a saberlo al instante... *(Acercándose a la segunda puerta de la izquierda y llamando a voces.)* ¡María Teresa...! ¡María Teresa...! Ven aquí.

PEL. *(A Alberto, afablemente.)* Toma usted las cosas con un calor...

ALB. *(Muy agresivo.)* Con el que creo oportuno.

PEL. All right.

M. TER. *(Por la izquierda, segunda puerta.)* ¿Eh...? Buenas tardes. *(Se dispone a saludar.)*

ALB. *(Deteniéndola, secamente.)* No es momento de cortesías...

M. TER. *(Extrañada.)* ¿Qué dice usted?

ALB. *(Como antes.)* Ni de fingimientos. Puedes hablarme con libertad. Estas señoras conocen nuestro secreto.

M. TER. ¿Eh? ¿Saben...?

ELVI. Sabemos muchas cosas que han ocurrido durante nuestra ausencia y que es conveniente poner en claro.

ALB. Dinos la verdad, María Teresa. ¿Sabías tú que el general te hubiera nombrado heredera de una parte de su fortuna...?

M. TER. *(Sorprendida.)* ¿A mí...? No.

ALB. Ya lo están oyendo.

M. TER. Jamás me ha hablado de cosa semejante... Y no puede ser cierto. Yo no tengo derecho alguno...

ALB. ¿Se convencen ustedes?

M. TER. Pero ¿quién ha dicho eso? ¿Quién ha inventado...?

ELVI. No es invención. Lo sabemos con absoluta certeza. Ha dispuesto a favor de usted de la mitad de los bienes que le quedaban.

M. TER. ¿Es posible?

LUI. No debiera serlo, pero lo es. Y a tratar de evitarlo hemos venido. Porque las hijas verdaderas tengan que vivir lejos del autor de sus días, no es justo que las... provisionales las substituyan en... ciertas cosas.

PEL. (¡Qué bruta es!)

M. TER. ¿Pero ustedes creen que yo he tratado de suplantarlas? Precisamente, no hace media hora estaba aquí

mismo tratando de convencer al general de que debía irse con ustedes o retenerlas a su lado; volver, en fin, al seno de su familia.

ELVI. (*Secamente.*) Gracias.

LUI. (*Idem.*) Ya sabemos que ese afecto hacia él no puede ser más desinteresado.

ELVI. Sí; por eso sin duda no ha tenido en cuenta que... somos mortales.

PEL. (Así se dicen las cosas.)

M. TER. (*A Alberto.*) No comprendo..

ALB. Sospechan que eres tú quien ha influido sobre don César para que te deje ese legado.

M. TER. (*Indignada.*) ¿Yo...? ¿Yo acusada de codicia .. ¿Y por ellas...? (*Como si les escupiese las frases.*) Es natural... Me juzgan por sí mismas.

ELVI. ¿Qué dice usted...?

M. TER. Que yo quiero.. de balde. Me quedé en esta casa por cariño a su padre; por un cariño en que no entró jamás el interés. Y no le quise solamente por bueno, por noble, porque lo merece, ni siquiera por lo que él adoró a mi madre y mi madre le adoró a él; le quise, sobre todo, por redimir culpas de ustedes, porque encontrara, al fin, el amor filial que tanto ambicionaba y que en sus hijas verdaderas no encontró nunca. Yo le he dado toda la ternura de mi alma, sin pensar en otra cosa que en verle dichoso; que en hacerle olvidar las amarguras que ustedes le daban... ¿Y me tachan de codiciosa? ¿A mí, que le he sacrificado mi amor y mi felicidad... porque hace tiempo que Alberto sería mi esposo, de no haber sido por el dolor que me causaba abandonarle...? ¡Buen pago reservaban a quien las ha suplido en su ausencia...! En vez de gratitud, recelo; en vez de afecto, ultraje... Y el peor de todos: el de creerme capaz de haber intentado despojarles... Yo seré una hija provisional, como usted decía, pero soy de las que saben querer sin pensar en los testamentos; nó como ustedes, que acuden al lado del padre, enfermo y anciano, en busca de las rebañaduras de una herencia, que ya le arrebataron antes en vida.

LUI. (*Agresiva.*) ¡Oiga usted!

ELVI. (*Sujetándola.*) ¡Luisa!

LUI. Ofender no es defensa.

ELVI. Tiene razón mi hermana. ¿Dónde está la prueba de que usted no ha hecho nada para conseguir que nuestro padre le deje ese... obsequio?

M. TER. ¿Puede haber mejor prueba que mi resolución de no aceptarlo? *(Sorpresa en todos.)*

ELVI. ¿Eh?

LUI. ¿Pero usted...?

M. TER. Si lo que aseguran es cierto, yo rechazo esa manda resueltamente, irrevocablemente. Nadie podrá decir nunca que fué el interés lo que me retuvo en esta casa.

ALB. ¡Bien, María Teresa...! Eso es digno de tí. *(A los demás, muy ufano.)* Ya lo han oido ustedes.

CÉSAR. *(Extrañadísimo de la actitud de todos.)* ¿Qué sucede aqui...? *(Todos callan.)* ¿Eh...? María Teresa.. *(Nuevo silencio.)* Usted, Alberto... *(Nadie le contesta. Pausa.)* ¿No puedo saber de qué trataban ustedes...?

ELVI. *(Resueltamente.)* Sí, papá; yo te lo diré.

M. TER. *(Asustada.)* ¿Eh? ¿Va usted a decirle...?

ELVI. A mí me gusta abordar las cuestiones de frente. No quiero que nadie a espaldas mías te cuente las cosas tergiversándolas ..

CÉSAR. ¿Qué significa ese prólogo?

ELVI. Significa, papá, que incidentalmente hemos sabido lo que has determinado para el día de mañana con respecto a María Teresa.

CÉSAR. ¿Eh...? ¿Sabéis...?

ELVI. Sí, y Luisa y yo venimos a decirte, con todos los respetos, que haces mal, no sólo al disponer lo que has dispuesto en tu testamento, sino al comprometer tu dinero en operaciones arriesgadas, por el deseo de aumentarlo...

CÉSAR. ¿Y hablábais de eso delante de María Teresa, que ignoraba estos detalles...? Habéis hecho mal, muy mal.

M. TER. No, padrino, han hecho muy bien, porque así evitan que usted cometa una ligereza de la que seguramente se arrepentirá, al mismo tiempo que me dan a mí la ocasión de poder demostrarles que el cariño que le profeso ha sido siempre desinteresado.

CÉSAR. ¿Qué quieres decir?

M. TER. Que si es verdad que ha hecho usted el testamento que dicen, hay que anularlo enseguida... La fortuna de usted debe pasar íntegra a sus hijas, Yo no aceptaré nada, absolutamente nada, que pueda perjudicarlas.

CÉSAR. (*Admirado y conmovido.*) ¡María Teresa!

LUI. Ya ves lo que dice ella misma.

ELVI. Lo que es natural.

CÉSAR. (*A sus hijas.*) ¿De modo que... a eso habéis venido?

LUI. ¿No te parece que está justificado?

CÉSAR. En vosotras, sí; en mí es en quien no lo está el haber creído que veníais porque Dios os había tocado al fin el corazón; porque deseábais dar un abrazo a vuestro padre, después de tres años de ausencia; porque empezábais a ser hijas... de verdad.

ELVI. Hemos venido a todo al mismo tiempo.

CÉSAR. No; venís, como siempre, arrastradas por la codicia, sin que el amor a quien os dió la vida haya influído en ello. . Cien cartas os escribí diciendo que deseaba veros, pidiéndoos la limosna de una visita, y ni me contestásteis siquiera; pero basta que alguien os dijese que pensaba disponer libremente de la mitad del menguado patrimonio que me quedaba, para que hayáis venido a tratar de evitarlo... ¿No os parece justo que quiera compensar a la que hizo conmigo vuestras veces, a la que suplió con su amor vuestro cariño? ¿Queréis que el día que yo falte se encuentre en la miseria, mientras vosotras paseáis por el mundo el bienestar y la holgura...? No, no... esta vez no cederé, esta vez no he de ser débil. Bastante he hecho en vuestro obsequio, aumentando la fortuna que me quedaba, para que no experimentárais quebranto en vuestros intereses, apesar de la merma que suponía ese legado... No, no... mi voluntad ha de cumplirse, porque el porvenir de María Teresa es para mí lo primero de todo, ¿lo oís bien? ¡Lo primero de todo...!

M. TER. Ea, se acabó, padrino, se acabó. Una exaltación pasajera le lleva a decir lo que no piensa ni debe pensar. Además, su generosidad conmigo, que yo le agradezco más que si la aceptara, parte de una base falsa, y usted mismo no insistirá en su propósito

cuando sepa lo que voy a decirle... Porque quiero que lo sepa usted por mí misma.

CÉSAR. ¿Eh?

M. TER. Usted quiere asegurar mi porvenir... ¿no es ese su deseo?

CÉSAR. Ese es mi deber.

M. TER. Pues bien, no se preocupe ya por ello... Mi porvenir está asegurado.

CÉSAR. ¿Qué dices?

M. TER. Algo que hace tiempo quiero revelarle, y que por no causarle una pena se lo he ocultado hasta hoy, pero ya no debo tardar más en descubrirlo, y este es el momento de hacerlo; aquí, delante de sus hijas, con quienes debe reconciliarse sinceramente, a quienes debe perdonar y devolver todo su afecto.

CÉSAR. ¿A dónde vas a parar...?

M. TER. A decirle que he dispuesto de mi corazón, de aquella parte de mi corazón que no le había dado a usted...

CÉSAR. ¿Cómo...? ¿Vas a casarte...?

M. TER. Sí... Pero no por eso le quiero menos, padrino; esté usted seguro.

CÉSAR. Me resignaré a perder la mitad de tu cariño y me contentaré con la otra mitad; porque en tu nuevo hogar, como hace poco te decía, me guardarás siempre un rinconcillo, ¿no es eso?

M. TER. (*Apurada.*) Desgraciadamente, eso no puede ser.

CÉSAR. ¿Por qué?

M. TER. Porque mi nuevo hogar estará muy lejos de aquí.

CÉSAR. ¿Eh...?

M. TER. Debo seguir a mi esposo.

CESAR. ¿Pero...? ¿Con quién...? (*Por Alberto.*) ¿Acaso...?

M. TER. Sí.

ALB. (*Conmovido.*) ¡Don César...!

CÉSAR. (*Aterrado.*) Entonces... ese viaje a América...

M. TER. Tenemos que emprenderlo antes de dos meses...

CÉSAR. Es decir, que te pierdo... ¡que te pierdo para siempre...! (*Se deja caer sollozando sobre un sillón.*)

M. TER. (*Acudiendo a él.*) ¡Padrino!

ALB. (*Idem.*) ¡Don César...!

ELVI. (*Idem.*) ¡Papá...!

ALB. Otro ataque...

ELV. (*A María Teresa.*) ¡Usted tiene la culpa!

M. TER. ¿Yo...?

LUI. ¡En mala hora vino usted a esta casa!

M. TER. (*A Alberto.*) Me lo dicen ellas .. ¡¡A mí...!

ALB. Y dicen bien. Donde anidaba la ingratitud y el egoismo, no debieron venir nunca el desinterés y el amor.) (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de día. En pleno invierno.

(*Al levantarse el telón están en escena MARIA TERESA, ELVIRA, LUISA, BIBIANA, CESAR, DON COSME, PELAYO y TOBIAS. Bibiana les está sirviendo el café.*

BIB. ¿Dos terrones, don Pelayo?

PEL. All right.

BIB. Eso qué quiere decir, ¿que dos o que tres?

PEL. Quiere decir que dos, Bibiana.

BIB. Perfectamente. ¿Y usted, don Cosme, quiere también «ol rait», o quiere tres?

COS. Póngame tres, Bibiana; me endulzaré la vida, ya que hay tantas cosas que me la amargan.

TOB. La verdad es que ha sido un gran almuerzo de despedida.

M. TER. ¿Quién habla de despedidas? Se trata de una separación de pocos meses.

CÉSAR. Sí, pero por lo pronto el grupo se deshace, y después de una gran temporada de estar todos reunidos, cada cual se va por su lado. Tú eres quien rompes la marcha puesto que esta misma noche sales para Cádiz. (*Suspira dolorosameete.*)

M. TER. No hablemos de cosas tristes, padrino.

CÉSAR. ¿Quieres probarme que para tí va a ser triste el viaje de boda, al lado de tu marido, yendo con él a Buenos Aires a ocupar una brillante posición...?

M. TER. Si quisiera probárselo le engañaría. Bien sabe usted que el haberme casado con Alberto es para mí la mayor de las venturas, aunque me la amargue el tener que separarme de usted.

BIB. Siempre el «usted», y a las demás que nos ladren los perros. Pues hija...

CÉSAR. ¡Ay, María Teresa...?

ELVI. Empieza el derretimiento...

CÉSAR. Y empiezan los celos, digo yo.

M. TER. Eso si que no. Entre sus hijas de usted y yo, no hay ya celos posibles. Nos hemos jurado una amistad eterna, ¿verdad?

BIB. Mujer, lástima fuera, después de haber obligado a don César a que rompiera aquel testamento y a que hiciera otro...

COS. (¡Ahí va esa mosca!)

TOB. (¡Qué bestia!)

PEL. (Es una mujer que me quita el sueño. No la puedo aguantar.)

CÉSAR. Todavía me pregunto a todas horas si no habré faltado a mi deber al complacerte rompiendo aquel testamento que ha sido la causa...

M. TER. (*Vivamente.*) Que ha sido la causa de que hayan acabado para siempre nuestras discusiones y hayamos vuelto a ser felices. Gracias a eso puedo marcharme sin temor sabiendo que entre usted y sus hijas reina ya y reinará siempre la armonía más perfecta.

LUI. Esa armonía solo pudo turbarse un momento, por un mal entendido.

TOB. Claro.

ELVI. Que en nada afectaba al cariño que siempre le hemos profesado.

PEL. All right. (*Deja la taza sobre la mesa.*)

BIB. Sí, señor. (*Vuelve a echar dos terrones en la taza que deja Pelayo y le sirve nuevamente café. Luego entra y sale llevándose el servicio.*)

COS. ¿Y, por fin, te marchas con Elvira o con Luisita?

ELVI. Eso no se pregunta. Se viene con nosotros a Lisboa.

LUI. No, señor. A Niza conmigo.

ELVI. ¡Estás tú fresca!

LUI. ¡Y tú helada, mira esta...! ¡No sé qué privilegio vas tú a tener...!

ELVI. Para algo soy la hija mayor.

LUI. Pues si tú eres la hija mayor, yo soy la pequeña, y ya sabe todo el mundo que la pequeña es la que triunfa siempre, por lo menos en los cuentos de hadas.

ELVI. Déjame a mí de cuentos.

LUI. Y a mí de historias.

COS. Caramba, que se van a pegar por llevarte con ellas.

CÉSAR. Gracias, hijas, muchas gracias. Os agradezco ese pugilato de amor filial, a que, francamente, no me teníais acostumbrado.

ELVI. *(Picada.)* ¡Hombre...!

CÉSAR. *(A María Teresa.)* También esto te lo debo a tí. *(Estas frases no le hacen mucha gracia a Elvira ni a Luisa.)* Es la huella que deja tu paso por esta casa a abandonarla para siempre.

M. TER. ¡Para siempre...! ¡Qué disparate! Verá usted cómo muy pronto estamos todos reuuidos otra vez.

CÉSAR. A mi edad, y con mis achaques, no puede contarse con el porvenir.

M. TER. Usted está para vivir muchos años, a condición de no ser rebelde y hacer lo que se le mande. Por cierto que sobre este punto tenemos que hablar las tres detenidamente. Es preciso vigilarle como a un chiquillo. Ya saben que el fumar le está prohibido en absoluto, y que no debe tomar frío.

CÉSAR. Eso es, aconséjales que me tengan dentro de un fanal.

PEL. Ese problema, María Teresa, está ya resuelto por sí mismo, puesto que el general va a verse libre, este año por lo menos, de los rigores del clima de Madrid.

TOB. ¡Claro!

PEL. Yo casi tengo «lograddo» el que me destinen a Lisboa, y aquello, como saben «toddos», es un «edden», un verdadero «edden». El mar, para eso de la temperatura, es un gran regulador y...

TOB. Querido Pelayo...

PEL. ¿Eh?

TOB. No es cosa de que empecemos ahora nosotros como hace un instante nuestras esposas; pero, vamos, no

creo que tengas la pretensión de asegurar que el invierno en Lisboa es más templado que en Niza.

PEL. Hombre, te diré: a mí Niza me horroriza y le tengo ojeriza por lo enfermiza.

TOB. (*Picado.*) Pues Lisboa no es digno de loa, y yo le he puesto la proa... A mí a consonantes no me achica ni Marquina. (*Ríen.*)

COS. ¿Pero ha conseguido usted, por fin, lo de Niza?

TOB. Casi puedo darlo por hecho, de manera que...

CÉSAR. Ya veremos, ya veremos. Resolveremos eso a gusto de todos, puesto que todos quieren cargar con esta plepa.

M. TER. (*Al ver a Bibiana, que entra en escena.*) Conste que quien se lleve a don César ha de llevarse también a Bibiana.

BIB. ¿A mí? A mí me van a llevar los demonios.

PEL. All right.

BIB. (*Por el café.*) Sí, señor. (*Echa más azúcar.*)

COS. Bueno, y a mí no me convida nadie a pasar unos días en ninguna parte?

LUI. Si es con su mujer, desde luego.

COS. No se admiten «cabos sueltos», ¿eh?

LUI. No, señor. Tiene usted que volver a reunirse con ella.

COS. Prefiero entonces no moverme de Madrid.

ELVI. Bueno, pero después de todo, ¿qué ha sucedido entre Luz y usted?

COS. ¡Psch...! Bien mirado, nada. Que cuando la sinvergüenza de Pepita Gago se marchó, por fin, de casa, llevándose... lo que se llevó, que por poco carga hasta con la pianola, como mi mujer se enteró de que no era hija mía, etcétera, etcétera, se vió la pobre tan en ridículo, que, por el qué dirán, simuló que se enfadaba conmigo de muerte y huyó de casa, refugiándose en la de su prima Beatriz.

ELVI. ¡La pobre!

COS. Y como yo estaba ya de mieles que me ahogaba, pues me agarré al clavo ardiendo de la huida y me enfadé de tal manera, que aún no se me ha pasado el enfado. Cuando llegue la primavera haremos las paces.

LUI. ¿Y lleva usted ya dos meses sin verla?

COS. Dos meses... (*Respirando a sus anchas.*) ¡Sesenta días...¡ ¡Mil cuatrocientas cuarenta horas...¡ ¡Y las que te rondaré!

BIB. ¡Qué le parece a usted! Sea usted buena y cariñosa para esto! Porque doña Luz es buena, donde las haya buenas.

COS. Nadie lo discute.

BIB. Por supuesto, que si no mirara que es usted un señor y yo una criada, de sinvergüenza para arriba le aplicaba a usted todo el diccionario. (*Todos quedan en una pieza.*)

CÉSAR. ¡Bibiana!

M. TER. ¡Pero Bibiana!

BIB. Ahora, que como yo sé cuál es mi sitio y tengo talento, como sabe María Teresa, pues me callo y me repudro.

ELVI. Bueno, bueno...

COS. Dejadla, me entretiene.

BIB. Sí ¿eh? Crea usted que daría yo diez años de vida por ser una rabanera y poder decirle a usted, y a otros como usted, lo que son, porque en este mundo hay muchísimos sinvergüenzas, y hay cada tío fresco, que hasta cuando piensan le patinan los pensamientos, pero una ha recibído educación, y tiene una que chincharse, eso es. (*Haciendo mutis por la puerta de la derecha.*) Ahora, que el día del juicio final me van a oir a mí más de cuatro; porque le voy a poner el paño al púlpito y me voy a quedar sola... ¡Sola! (*Vase.*)

COS. Señores, cómo nos ha puesto.

CÉSAR. No, hombre, no; a tí solo, y perdónala.

PEL. (*Sacudiéndose la americana, porque Bibiana le derramó algo encima al retirar el servicio.*) No; a mí, a mí.

COS. Si no llega a estar educada, me hace cuartos. Habrá que verlaen Niza. A mí, desde que me separé de Luz, me tiene mucha rabia. Es completamente Luzófila.

M. TER. Luzófilos somos todos, don Cosme. Incluso usted mismo. ¿A que sí?

COS. ¡Hombre...! Claro... ¡Es tan buena...! Si no fuera tan... tan entusiasta... (*Rumor de voces dentro.*)

ELVI. ¿Eh...?

LUI. (*A don Cosme.*) Ahí la tiene usted.

COS. (*Aterrado.*) ¡No!

ELVI. Sí.

COS. ¡Que no me vea...! (*Se mete en el mirador y se oculta con la cortina.*)

BIB. (*Entrando por la derecha, seguida de Luz.*) Sí, señora pase usted; son todos de la familia...

D.ª LUZ. Buenas tardes...

CÉSAR. ¡Señora...!

ELVI. ¡Oh, señora...!

M. TER. Buenas tardes... (*Saludos.*)

BIB. (*Haciendo mutis por la segunda puerta de la derecha.*) (¡Anda, para que te fastidies...! ¡Y se ha escondido...! (*Vase sofocando la risa.*)

CÉSAR. Pero siéntese, por Dios.

D.ª LUZ. Un momento nada más, porque vengo de despedida.

M. TER. ¿Eh? ¿Se marcha usted también?

D.ª LUZ. Sí; mi prima Beatriz se va a Bruselas a pasar una larga temporada y ¿qué he de hacer, sino irme con ella...? No voy a quedarme sola en Madrid... (*Suspira y se seca una lágrima.*)

CÉSAR. ¡Válgame Dios...! (*Mira hacia el mirador, y don Cosme asoma una mano y le dice con el dedo que no.*)

M. TER. Está usted más delgada.

D.ª LUZ. Sí...

ELVI. Más pálida la encuentro yo...

D.ª LUZ. Sí... ¡Sufre una tanto...! (*Vuelve a suspirar y a secarse otra lágrima.*)

ELVI. Ahora, en Bruselas, puede usted satisfaeer aquel capricho de los encajes.

D.ª LUZ. ¿Quién se acuerda ya de eso? Actualmente tengo otro capricho que me obsesiona.

ELVI. ¿Sí?

D.ª LUZ. Padezco el antojo de una enorme peineta, una gran mantilla y un mantón de Manila de los más abigarrados.

COS. ¡Qué rica!

CÉSAR. Caramba, pues en Bruselas no...

D.ª LUZ. Claro, allí no...

LUI. ¿Y va usted a estar en Bruselas mucho tiempo?

D.ª LUZ. No. Volveré dentro de seis meses. (*Algo ruborizada.*) Quiero que lo que nazca... nazca en España.

TODOS. (*Asombrados.*) ¿Eh...?

CÉSAR. ¿Pero...?

D.ª LUZ. (*Avergonzadísima.*) Sí, para Mayo... (*Todos, absolutamente todos, miran hacia donde está oculto don Cosme. Doña Luz, escamadísima, vuelve la cara y mira también.*) ¿Eh...? (*Al ver surgir a don Cosme, sofoca un grito.*) ¡¡Ah...!!

COS. (*Demudado, descompuesto, emocionado hasta el extremo de no poder hablar.*) Pe... pe... No... no.... (*Abrazando a César.*) ¡¡César...!! Es que... Ya... ya...

D.ª LUZ. ¡¡Cosme!!

COS. Pepe... la, la... Sí, sí... Ya, ya... (*Cogiendo a doña Luz por la cintura y empujándola hacia la puerta de la derecha*) Yo, yo... Sí, sí. .

D.ª LUZ. (*Derretidísima.*) ¡¡Cosme...!!

COS. (*Llevándose a Luz y rompiendo por fin a hablar.* ¡A... diós...!

CÉSAR. (*Acercándose a la puerta de la derecha.*) ¡Adiós, hombre!

M. TER. (*Idem.*) ¡Que sea enhorabuena!

ELVI. (*Idem.*) ¡Enhorabuena!

LUI. (*Idem*) ¡Dios mío...! Tropieza con los muebles...

PEL. (*Idem.*) ¡Anda...! Que se lleva mi sombrero... (*Haciendo mutis.*) Ese no, don Cosme... (*Vase. Todos ríen.*)

TOB. Completamente loco.

CÉSAR. La noticia no es para menos. ¡A sus años...!

M. TER. ¡La pobre...!

PEL. (*Entrando en escena nuevamente.*) ¡Cómo va...!

M. TER. Lo que va alegrarse Alberto cuando lo sepa.

CÉSAR. ¿Y donde está Alberto?

M. TER. No sé; echó a correr apenas nos levantamos de la mesa.

PEL. ¿No habeis «notaddo» que parecía preocupadísimo durante el almuerzo?

TOB. Sí. (*A Pelayo.*) ¿Se habrá confirmado lo que decían ayer de la quiebra de las Pesqueras del Norte?

PEL. No lo quiera Dios.

M. TER. Los preparativos del viaje le tienen nervioso desde

ayer. Me dijo que tenía que ir a los «Sleeping» a recoger las camas.

ELVI. (*Junto al mirador.*) Pues bueno va a volver. Cada vez arrecia más la nevada...

CÉSAR. (*A María Teresa.*) A propósito: también yo tengo que entregarte vuestro nuevo pasaje del «Britanic».

M. TER. ¿Ha cambiado usted el que teníamos...?

CÉSAR. Como os oí decir que no habíais encontrado más que un camarote interior pequeño y obscuro, Pelayo estuvo ayer en la Agencia para que telegrafiaran a Londres y esta mañana, por su conducto, me han enviado la más satisfactoria de las notas. Tenéis el camarote número uno.

TOB. ¿El de lujo?

CÉSAR. Sí.

TOB. Pues es una instalación soberbia.

M. TER. ¡Qué locura! Le habrá costado un dineral.

CÉSAR. ¡Bah! Lo que yo quiero es que vayáis cómodos, que llevéis un buen recuerdo del padrino. ¿Qué importa el dinero? ¿Por ventura no tengo demasiado? ¿Para qué quiero yo esa fortuna que he logrado reunir nuevamente...? Porque, aunque lo de las Pesqueras no marche bien, algo me quedará, creo yo. (*Haciendo mutis con ella por la primera puerta de la izquierda.*) Te aseguro que he de tomar ese mismo camarote cuando vaya a verte esta primavera.

M. TER. No tendrá usted que ir, porque yo volveré aunque sea a nado. (*Mutis muy contentos.*)

ELVI. Bueno, ahora que estamos solos, hablemos formalmente y por última vez de nuestros planes con respecto a papá.

LUI. Me parece muy bien.

ELVI. Puesto que lo de Niza aun no está arreglado, y en cambio lo de Lisboa es casi seguro, nosotros nos llevaremos a papá hasta el otoño por lo menos. Como no es cosa de instalarle en un hotel donde no podría seguir su plan de comidas con absoluta regularidad, buscaremos una casita mona en el mismo Lisboa o en sus alrededores, que son lindísimos, nos llevaremos de aquí parte de estos muebles para arreglarla con un poco de gusto y...

LUI. No sigas, Elvira.

ELVI. ¿Eh?

LUI. No sigas, porque te vas a cansar en balde.

ELVI. ¿Pero...?

LUI. A esta casa no se le llega. Ya discutiremos lo de Lisboa y lo de Niza, cuando llegue el momento, pero a esta casa no hay que tocarla. Es, lo que diríamos, la casa solariega, y a quien le toque en su día ha de cargar con ella tal y como está.

ELVI. Te comprendo. Quieres con el tiempo encajármela a mí, ¿no?

LUI. No he dicho tal cosa,

ELVI. ¡Si te conoceré yó!

PEL. Cuidado. Ahí viene Alberto.

ALB. (*Entrando por la derecha. Viene descompuesto.*) ¡Válgame Dios...! ¡Era verdad...! ¡Era verdad!

ELVI. ¿Eh? ¿Qué ocurre?

ALB. Una desgracia terrible para don César y para todos.

PEL. ¿Eh...? ¿Se ha confirmado lo de las Pesqueras?

ALB. Sí; está arruinado, totalmente arruinado.

TODOS. (*Horrorizados.*) ¿Eh...?

ALB. Ya esta mañana corrían rumores alarmantísimos sobre la Compañía; por eso vine a almorzar tarde, y, preocupado, volví a salir apenas terminó el almuerzo. No podía vivir sin comprobar la exactitud o la falsedad de aquellos rumores...

PEL. ¿Ha resultado cierta la noticia?

ALB. Está comprobada de un modo oficial. La compañía se ha presentado en quiebra. Se trata de una estafa tremenda, porque no hay un céntimo en el activo... ¡Pobre don César...! Su ruina es completa. El mezquino sueldo de su retiro es lo único que posee en este instante.

LUI. ¡Jesús!

ELVI. ¡Qué horror!

ALB. Por fortuna, ustedes son ricos, gracias a su generosidad, y no consentirán que su padre carezca de nada en la vejez...

ELVI. ¡Por Dios...!

LUI. ¿Quiere usted callar?

PEL. ¡Mientras vivamos nosotros...!

TOB. ¿Y no habrá alguna exageración en eso que cuentan...?

ALB. No, desgraciadamente.

TOB. ¿Por quién podríamos enterarnos...?

LUI. Por los de Bolumburu, que están aquí pasando temporada, y el padre es hermano del secretario...

TOB. Es verdad, vamos a verles

LUI. Sí. Hasta luego.

TOB. Hasta después. (*Haciendo mutis por la derecha con Luisa.*) Porque en estas cosas se suele exagerar muchísimo... (*Mutis.*)

PEL. ¡Válgame Dios...!

ELVI. ¡Qué contrariedad...!

ALB. ¡Horrenda! Yo estoy destrozado. ¡Cuando lo sepa María Teresa...! La buscaré; no tengo más remedio que decírselo.

ELVI. Está en el despacho con papá.

ALB. Entonces, sí; luego. No tendría ahora el suficiente dominio de mí mismo... Voy, con el permiso de ustedes, a ultimar algunos detalles del equipaje... (*Se va por la segunda puerta de la izquierda.*)

ELVI. ¡¡Pelayo!!

PEL. ¡Qué horror, Elvira...! Y lo peor que no vamos a poder llevarle con nosotros, porque de mi traslado a Lisboa no hay nada seguro. Son cosas que yo digo para quemarle la sangre a Tobías. Así es que...

ELVI. ¿Eh...? ¿Pero...?

PEL. ¡Cuidado! No es que yo renuncie a que nos llevemos a tu padre... ¡Tuviera que ver...! Es tu padre, y mi casa, siempre y en todo momento... De eso, ni que hablar. Pero, vamos, puesto que Niza es lo que realmente conviene a su salud y nosotros necesitaremos continuar en París...

ELVI. Mirado bajo ese punto de vista...

PEL. Como su salud es lo primero... Aquí llega; le diré... (*Rumor de voces.*)

ELVI. Por Dios, Pelayo...

CÉSAR. (*Entrando en escena por la primera puerta de la izquierda, con María Teresa.*) ¿Se han marchado esos...?

ELVI. Sí, por cierto que enfadadísimos. Nos enredamos a discutir nuevamente sobre Niza y Lisboa...

CÉSAR. ¡Por Dios!

M. TER. ¿Y, por fin, resolvieron ustedes algo práctico?

En aquel momento, no; pero luego Elvira y yo he-

mos hablado serenamente, y como el clima que realmente conviene a usted es el de Niza, y nuestro traslado a Lisboa es más fantasía que realidad, hemos decidido acceder a que se marche usted con ellos, y permanezca con ellos, por lo menos, los tres años que ha de durar allí su destino.

CÉSAR. ¡Gracias, Pelayo...! ¡Gracias, hija mía! No había querido decir nada para que no creyérais que hacía preferencia, pero también yo creo que es Niza lo que me conviene.

M. TER. ¿Quién lo duda? Entonces, ¿seguirán ustedes en París?

PEL. ¡Qué remedio!

ELVI. Allí nos llevaremos a papá unos días esta primavera.

CÉSAR. Muy lejos me va resultando ya París. Pero, en fin... más lejos se van otros.

M. TER. ¡Padrino...!

PEL. Bueno, y nos vamos, porque antes de ir a la estación a despedir a ustedes, tenemos muchas cosas que hacer. Hasta luego.

ELVI. Adiós, papaíto.

CÉSAR. Y muchas gracias a los dos.

ELVI. ¡Por Dios! Hasta luego. (*A César y María Teresa.*) ¡Ah! Y nada de despedidas tristes, ni de lloriqueos, ni de soponcios. Hay que ser fuertes... (*Se va por la derecha con Pelayo.*)

CESAR. (*Sentándose desalentado.*) ¡Ser fuerte...!

M. TER. ¿Ha visto usted qué opinión tienen de nosotros? Creen que somos dos chiquillos incapaces de dominarnos... O que una despedida es una tragedia o poco menos... ¡Jesús! Cualquiera pensaría que somos las únicas personas que se han querido bien y que han tenido que separarse por poco tiempo...

CÉSAR. ¿Crees tú?

M. TER. Por cuatro o cinco meses a lo sumo. Casi debemos separarnos con alegría, pensando en la que vamos a tener cuando volvamos a reunirnos... Por supuesto, que no bajará usted a la estación, ¿eh? Hace un día horrible; sin contar con que las emociones fuertes perjudican a su salud.

CESAR. Y dale con las emociones. ¿Tú también me crees una especie de damisela neurótica, a quien puede dar un

patatús...? No, mujer, no hay que exagerar. Además, que no sé por qué ha de emocionarme... Que entras en el andén... que te subes al coche... que silba la máquina... que dices «adiós, adiós...» y se acabó.

M. TER. Vamos, vamos, padrino. No hay que dejarse llevar... Crea usted que estoy deseando verme en el barco... ¡Palabra!

CESAR. ¡En el barco...!

M. TER. (*Abrazándole.*) En el barco. . el día de la vuelta.

CESAR. ¡María Teresa...! ¿No me olvidarás nunca?

M. TER. ¡Cómo voy a olvidar a quien fué tan bueno para mí; a quien fué tan bueno con mi madre...! (*Al ver que entra Bibiana por la segunda puerta de la izquierda, se separan.*)

BIB. (¡Válgame Dios...!) Tome usted, señor. Acaba de traerla un chico. (*Le da una carta.*)

CESAR. (*Examinando el sobre.*) ¿Eh? Es de Tobías.

M. TER. ¿De Tobías?

BIB. ¿Pues no acaba de salir de aquí?

CESAR. Sí... (*Rasga el sobre y lee.*) «Queridísimo papá...»

BIB. (*Gruñendo.*) ¡Hum,..!

CESAR. «Tengo el sentimiento de comunicarle que en este mismo momento me dicen por teléfono, de la Subsecretaría de Estado, que no pueden concederme el destino de Niza y que tengo que salir cuanto antes para Wladivostock...»

M. TER. (*Aterrada.*) ¿Eh...?

BIB. ¡Sinvergüenzas. .! ¡¡Sinverguenzas...!!

CESAR. / M. TER. ¿Eh?

BIB. Porque eso es una puercada. Cada cosa por su nombre. Esos han sabido lo de las Pesqueras del Norte, saben que está usted arruinado...

CESAR. (*Lívido.*) ¿Qué...?

M. TER. (*Idem.*) ¿Pero...?

CESAR. (*Descompuestísimo.*) ¿Qué estás diciendo, Bibiana...? ¿Que la compañía.. ? ¡Es verdad!

BIB. (*Aterrada.*) ¡Ay, Dios mío...! No sabía usted nada...

M. TER. ¡Por Dios, padrino...!

CESAR. (*A María Teresa.*) No te preocupes, casi puedo asegurarte que lo esperaba; ya ves que... que estoy tranquilo.

BIB. (¡Me voy a cortar la lengua!)

CESAR. (*A Bibiana*) ¿Por quién ha sabido usted...?

BIB. Don Alberto acaba de decírmelo... (*Indica la segunda puerta de la izquierda.*)

CESAR. (*Acercándose a la puerta indicada y llamando.*) ¡Alberto...! ¡Alberto...! (*A María Teresa, que le sigue angustiada.*) Te repito que no te preocupes. Estoy más fuerte que lo que todos creeis, y además, nunca puse mi corazón en el dinero.

ALB. (*Entrando en escena.*) Mándeme usted...

CESAR. ¿Es cierto que la Compañía de Industrias pesqueras...?

ALB. Sí, don César. Una estafa sin precedentes...

CESAR. ¿Y lo sabían mis hijos...?

ALB. Yo mismo les he dado la noticia.

CESAR. Entonces, cuando hace un momento me aconsejaban Elvira y Pelayo que me fuese a Niza con los otros...

ALB. ¿Eh?¿Pero...?

CESAR. Y no es sólo eso... (*Dándole la carta.*) Lea usted. Las dos me abandonan como una pesada carga...

BIB. ¡Malos...! ¡Son malos.. !

M. TER. ¡Por Dios, padrino...!

CESAR. Tranquilízate, María Teresa. Ya ves que las grandes emociones no me hacen daño. He sabido mi ruina sin sufrir daño alguno... He vuelto a saber lo que son mis hijas, y sigo viviendo sin que se haya extendido a todo mi cuerpo el frio que siento en mi corazón. ¡Bah...! (*Se dirige hacia la primera puerta de la izquierda.*)

M. TER. ¿A dónde va usted...?

CESAR. A estar solo un instante. El dolor, cuando es muy profundo no tiene mejor lenitivo que la soledad y el pensamiento en Dios. (*Mutis.*)

BIB. (*Quitándose el delantal.*) Bueno, pues a mí esos dos matrimonios me oyen esta tarde. A mí no me gusta hablar ni criticar porque no es esa mi condición, pero a mí esas dos pécoras ingratas me oyen, y a los dos esposos egoistas, sinvergüenzas los araño yo como me llamo Bibiana Rendruelez y Rendruelez. (*Haciendo mutis por la derecha.*) Lo que toca el cónsul llega a «Blandilocovolostó» con la nariz hecha un higo. (*Mutis.*)

M. TER. ¿Has visto que infamia, Alberto?

ALB. Horrible, María Teresa.

M. TER. Yo creo que el que abandona a su padre es tan malo como el que roba o el que asesina...

ALB. ¡Y a un padre como el general, que no ha vivido más que para ellas, y que se queda solo, pobre abandonado...! Se morirá de seguro.

M. TER. Y se morirá sin encontrar quien le cierre los ojos; sin tener quien le endulce la amargura de este desengaño cruel... ¡Que remordimiento voy a llevarme...!

ALB. ¿Remordimiento...? ¿Tú...?

M. TER. Sí, Alberto; porque yo me voy para ser feliz a tu lado, para disfrutar contigo de todas las dulzuras de la existencia y entre tanto este hombre, que tan buena ha sido para mí no tendrá quien dé un poco de calor a los últimos días de la suya...

ALB. ¡Y qué vamos a hacerle...! ¿No querrás que renuncie...?

M. TER. No, eso no. Yo no puedo exigirte que sacrifiques tu conveniencia a mis afectos. El destino que vas a ocupar es tu porvenir. Este viaje te asegura una carrera brillante, cuyos beneficios me alcanzarán a mi también, puesto que nuestras dos vidas son ya una; pero por eso mismo siento mayor pena cuando pienso... yo voy a ser dichosa, mientras ese pobre viejo va a morirse solo, llamándome...

ALB. ¡Calla...! La vida tiene a veces exigencias crueles...

M. TER. Por eso tal vez seamos injustos al acusar a sus hijas; todos somos, en más o menos grado, cómplices del mismo delito; a todos, empezando por nosotros mismos, nos arrastra el ansia del dinero...

ALB. ¿A nosotros mismos?

M. TER. ¿Por qué abandonamos a don César? Porque en América te triplican el sueldo que disfrutas; porque allí tendrémos más bienestar, más comodidades... No te critico. Lo que haces tú es lo que haría todo el mundo; es lo corriente... pero ¿es lo justo? ¿Es lo noble?

ALB. ¡Maria Teresa...!

M. TER. Es triste tener que reconocerlo, pero todos vendemos por dinero la sangre de Cristo.

ALB. ¿De modo que tú crees...?

M. TER. No hablemos más de ello. No quiero turbar la ventura con que sueñas; basta con lo que turbará la mía el recuerdo de lo que dejo detrás...

ALB. ¿Es decir... que no serás venturosa?

M. TER. Del todo no podré serlo.

ALB. ¿Y te figuras que yo me resigno...?

M. TER. Procuraré ocultártelo.

ALB. ¡Qué pobre concepto tienes de mí y que mal me conoces, María Teresa... Ven aquí... Mírame a los ojos...

M. TER. ¿En qué estás pensando?

ALB. En lo mismo que piensas tú, en lo que debo pensar: en no vender la sangre de Cristo.

M. TER. *(Conmovida.)* ¡Alberto...! Entonces... ¿Por qué no me decías...?

ALB. Porque esperaba que tú hablases primero; era preciso que me descubrieras espontáneamente toda la nobleza de tu corazón... ¡De tu corazón tan mío...!

M. TER. ¡Alberto...!

ALB. Vivirás al lado de don César, mientras él viva. No sacrificaremos a un mezquino aumento de bienestar la tranquilidad de tu conciencia...

M. TER. Sí, Alberto; sigamos siendo pobres, pero démonos el gusto de cumplir con nuestro deber.

ALB. ¡¡María Teresa...!! (*Se escucha un sollozo dentro.*)

M. TER. ¿Eh...?

ALB. ¿Acaso...?

M. TER. (*Acercándose disimuladamente a la primera puerta de la izquierda.*) ¡Jesús...! (*En voz baja a Alberto.*) ¡Nos ha oido Alberto! ¡Nos ha oido...!

ALB. Evitemos entonces su presencia...

M. TER. Sí... (*Haciendo mutis por la segunda puerta de la izquierda Alberto.*) ¡Qué contenta estoy, Alberto...! Porque ese sollozo ha sido de alegría. (*Queda en la primera puerta de la izquierda esperando a don César.*)

CÉSAR. (*Tras una breve pausa entra en escena. Viene realmente conmovido.*) ¡Es santa...! ¡Dios la bendiga...! (*Serenándose un poco.*) Y ha dicho que mientras yo viva... Es decir, que mi vida es una rémora, una

carga para ellos... ¡No...! ¡No ha de durar mucho tiempo...! Sería egoísmo... hasta una crueldad por mi parte... (*Pausadamente se acerca a un mueble, lo abre y saca un revólver.*) ¡Un egoísmo y una crueldad!

M. TER. (*Corriendo hacia él.*) ¿Eh...? ¡Padrino!

CÉSAR. (*Conmovido.*) ¡¡María Teresa...!!

M. TER. (*Quitándole el revólver blandamente, dulcemente.* Nuestra vida no es nuestra solamente, padrino; es también de los que nos aman. (*Don César se echa a llorar.*)

COS. (*Entrando con Luz, que viene con mantón de Manila, mantilla y una enorme peineta.*) ¡Antojitos a mí! Mantón, mantilla y peineta. ¡Voilá! *(Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Duodécima edición.)

De balcón a balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Séptima edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervos y Carbonell.

A primera fila, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir a tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa (Tercera edición.)

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

Lopez de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrima, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La niña de las planchas. entremés lírico. (Segunda edición.)

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de la Jarosa, comedia en tres actos. (Tercera edición.)

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.)

La traición, melodrama en tres actos.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Sexta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Tercera edición.)

Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros. Música del maestro Calleja.

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable, en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Versalles madrileño, sainete en un acto.

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

De rodillas y a tus pies, entremés. (Segunda edición.)

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula $3\,K^3$, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La razón de la locura, comedia gran guiñolesca, en tres actos. (Tercera edición.)

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)

La mujer, paso de comedia.

Pepe Conde o el mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)

La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)

Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.

Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos. (Segunda edición.)

San Pérez, juguete cómico en tres actos.

El parque de Sevilla, zarzuela en dos actos. (Segunda edición.)

El castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés. (Segunda edición.)

a hora del reparto, sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)

El Fresco del Fuego, entremés.

El ardid, comedia en tres actos. (Tercera edición.)

Los planes del abuelo, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

El pecado de Agustín, comedia dramática en tres actos.

Dentro de un siglo, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La farsa, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
El número 15, sainete en tres actos. Música del mastro Guerrero. (Segunda edición.)
Tirios y Troyanos, juguete cómico en tres actos.
El sinvergüenza en Palacio, zarzuela en tres actos. Música de los maestros Vives y Luna.
La señorita Angeles, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
De lo vivo a lo pintado, juguete cómico en dos actos.
El conflicto de Mercedes, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
¡¡Plancha!!, entremés.
Regina, comedia en tres actos y un prólogo.
El Goya, juguete cómico en dos actos.
Los frescos, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
La pluma verde, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
El Rey nuevo, zarzuela en tres actos, original. Música del maestro Jacinto Guerrero.
¡Ay, que se me cae...!, monólogo.
Las hijas del Rey Lear, comedia en tres actos, original.

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.

Precio: 3,50 pesetas